

INTRODUCCION A LOS ESCRITOS DE MAEZTU

Obra de Ramiro de Maeztu
Ed Nacional . Madrid 1974

Entre los muchos juicios, y los hay para todos los gustos, que desde hace más de medio siglo ha sido blanco la obra de Maeztu, nos sorprende este fragmento del "perfil desdibujado" que le dedicó, en El Sol de 25 de abril de 1926, don Ricardo Baeza —embajador que fue de la república—, poco antes de que nuestro autor se viese forzado a abandonar dicho diario. Escrito en un momento en que la soledad comenzaba a agigantar su figura, la asombrosa clarividencia de este buen compañero suyo de redacción nos parece hoy elucidadora por múltiples conceptos:

"No tiende a realizar una obra exclusivamente personal de objetividad estética...; es el único que busca y persigue un ideal colectivo, que no termine en él, sino que trasciende al ser nacional... Sistemático, seguro de una doctrina, armado de su fe y su ilusión, le vemos hacer sólo su guerra, más esquivado que combatido, y más desoído aún que negado. Su sino es el de los precursores; el más terrible, pero también el más hermoso. Nada grande y noble es infructuoso, se nos ha asegurado; tarde o temprano, toda simiente viva, germina. ¡Quién sabe a qué tierra labrantía y fecunda podrán ser llevadas mañana las semillas que hoy deja caer el señor Maeztu sobre el pedregal de sus contemporáneos!"

Palabras que han logrado captar el aire de voleo y sembradura, eminentemente intelectual, como el más adecuado a toda una labor precursora, que si bien a estas alturas puede verse ausente todavía de una buena banda sonora, no ha sido toda la culpa de Maeztu ni de la calidad de su simiente. Es verdad que algo se ha hecho, en especial a partir de las dos últimas décadas, para rescatar y reestructurar su obra, dispersa casi en su integridad en diarios y revistas; pero falta aún mucho para restablecer del todo su verdad.

Sin duda, los obstáculos que encuentra su fama al abrirse paso entre nuestros contemporáneos, no son sólo nuestros. Se registran en todos los países. De ello habló poco antes de morir un crítico de visión amplia y perspicaz, el Nobel T. S. Eliot, que tantos puntos de contacto guarda con Maeztu. Algo a escala universal estremece hoy los cimientos del mundo culto, cada vez más indefenso ante el poder avasallador de quienes disponen de la imagen y de la noticia en nuestra sociedad de masas. De ello se quejaba Eliot en Criticar al crítico, llamando la atención sobre lo que le parecía una deterioración en el estrato literario medio y, ante todo, en las cualidades y cultura que se necesitan para la buena crítica. Y hablaba de este modo no precisamente por reumatismo de la edad madura. Comparten hoy este juicio las cabezas más preclaras de Occidente, alarmados ante el hecho de que cada vez resulten más preocupantes los contactos y cauces entre las mentes de verdad lúcidas y los medios masivos de difusión.

Sobre todo entre nosotros, resulta trágico, de manera singular, que haya sido la prensa la que más ha contribuido a poner sordina a su nombre. Precisamente fue él, entre nuestros grandes escritores, de los que más contribuyeron a dignificarla y a señalar sus más actuales y vigentes derroteros. Injusticia tanto más de resaltar en cuanto que Maeztu es el debelador por antonomasia del derrotismo, hoy tan virulento, que trata de minar, desde hace muchos años, nuestros cimientos más genuinos y universales como país civilizado.

Con todo, si, libre de prejuicios o de anteojeras, nos dedicáramos a distinguir en el acervo común ideológico de nuestros días aquellos bienes mostrencos que, aparentemente, no tienen señor ni amo conocido, de aquellos otros inventariados con más o menos claridad, valoraríamos en toda su trascendencia la contribución de una pluma como la suya, empeñada, desde que empezó a escribir a finales de siglo, en orientar a la opinión pública, viviendo con singular clarividencia los más decisivos momentos de transición del tiempo que le tocó en suerte: los más definidores de la España y del mundo en que ahora, en buena medida, todavía nos hallamos.

Con ánimo de exponer de manera sucinta lo que acabamos de afirmar de una figura en donde tan íntimamente se entrecruzan biografía y entendimiento, idea y experiencia, nos proponemos ir, con cierto orden, por partes.

Breve síntesis biográfica

Ramiro de Maeztu y Whitney nació en Vitoria (Alava), el 4 de mayo de 1874, dos días después de que las fuerzas liberales hubieran roto el cerco de Bilbao, con lo que decidieron a su favor la segunda guerra carlista. Hijo de padre vasco y madre inglesa, hija del cónsul inglés en París, desde niño oyó hablar inglés y castellano en un hogar distinguido. En él se criaron, además de nuestro escritor, su hermana María, conocida pedagoga y su hermano Gustavo, célebre pintor (1).

De 1882 a 1887 cursó los años de bachillerato en el instituto de su ciudad natal, que hoy ostenta su nombre. Terminados brillantemente sus estudios de segunda enseñanza, en su pubertad vivió la bancarrota de la hacienda familiar.

(1) Tema que, por múltiples conceptos, merece un libro es éste: Los Maeztu como familia. Los más valiosos datos sobre ella los ha aportado L. F. R. ("Los Maeztu". *Mundo Hispánico*, núm. 116, noviembre de 1957.) Además de los conocidos trabajos de Gamallo Fierros y míos, hay numerosos artículos con noticias interesantes, como los de Sáenz de San Pedro sobre los años de la infancia de los Maeztu en Vitoria, o de Ramón de Bastera sobre la estirpe de los Maeztu, a más de los de otros conocidos escritores vascos: Mourlane Michelena, Sánchez Mazas, Miquelarena, Lequerica, Areilza... Dirigía la familia, con enteriza y natural elegancia, la madre, muy pronto viuda, doña Juana Whitney, una escocesa católica, hija de diplomático, nacida en Niza —que entonces pertenecía a Italia—, en donde su padre era cónsul de Gran Bretaña. A ella le deben todos sus hijos el desarrollo de sus vocaciones, la libertad de elegir, el poder seguir el impulso vital que le llevaba a cada uno por un sendero distinto y personalísimo. Simpática figura de mujer, fue alma de un buen número de instituciones que llevaron el sello de su ternura: La sociedad protectora de animales y plantas, la asociación de avicultores, la liga de bondad y otras varias que recibieron su inspiración saturada de un altruismo sin límite. Murió centenaria en Estella, en 1945.

Su hija María, capacitada para las más altas faenas, fue la primera mujer española en haber cursado el ciclo de estudios universitarios, graduándose doctora en letras. Amplió estudios en el extranjero, ocupó cátedras universitarias y fue nombrada doctor *honoris causa* en diferentes centros universitarios. Esta mujer singular, que nos ha dejado una interesante obra pedagógica, ha sido olvidada y, a veces, negada, ciega y torpemente, sin duda, por haber pasado por una crisis similar a la de su hermano Ramiro. Cuando la conoció Galdós le inspiró una novela que se ha considerado su biografía. Al día siguiente de conocerla Azorín, éste publicó un artículo titulado "Los Maeztu son tres". En sus actividades pedagógicas, fue siempre el brazo de pensadores de la talla de Ortega y d'Ors. Unamuno, que guió sus primeros pasos en Salamanca, la consideraba como de la familia. Murió en 1948, tres años después de haber fallecido su madre, en Mar del Plata.

De Gustavo de Maeztu, fuerte personalidad que decía cosas estupendas e insospechadas, existen numerosos artículos y críticas. Gonzalez Ruano, lo dibujó en pocas líneas en *ABC* de 29 de septiembre de 1934: "De genio difícil y acabada cortesía y de capacidad poética para la cordialidad"; "Uno de los monumentos que hay que ver en la ciudad de Bilbao"; "Iba para ser el mejor de todos, y se encontró con unos amigos. Le convidaron a un chacolí, y se le hizo tarde para ser el mejor pintor de España". Murió en Estella, legando a su ayuntamiento 190 cuadros, un verdadero museo.

En 1956, murió Miguel y poco después, en Santoña, Angela, que fue, con su madre, la creadora de la familia. De ella solía decir Angela que tenía el suficiente talento como para descalzar a sus cinco hijos, y como su madre, lo sacrificó todo para que los hermanos más decididos en su vocación intelectual, llegasen a la meta que se habían propuesto.

A los dieciséis años llega a la capital de Francia con la intención de dedicarse al comercio.

Regresa a Vitoria sin haber triunfado en sus actividades mercantiles y marcha a Cuba (1891-1894), todavía española, a trabajar en el ingenio que fue de su padre. Visita fugazmente lugares de América Central y también del Norte hasta que, requerido por su madre, regresa a Vitoria en 1894. El mismo año muere su padre, y la madre, viuda, traslada su domicilio a Bilbao, en donde fundó un colegio en el que se enseñaba inglés a los hijos de las familias pudientes.

En Bilbao comienza su carrera periodística, verdadera vocación de su vida. Precisamente con un artículo sobre el problema cubano se da a conocer, coincidiendo con los primeros intentos de insurrección. Las primeras influencias vienen señaladas por su predilección en la lectura de los escritores nórdicos.

En 1897 se traslada a Madrid, donde entrará de lleno en la vida literaria. Juntamente con Azorín y Baroja constituye el grupo de "Los tres", primer núcleo de la célebre generación del 98, de cara a otra España que repulsa a la tradicional y que, a sus ojos, había hecho quiebra con el desastre, la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de los últimos restos del imperio colonial. Precisamente Hacia otra España (1899) sería el título de su primer libro, el más significativo en el orto de aquel momento generacional. En él reúne los artículos de este período. Y aunque su autor, al correr del tiempo, renegaría de él, juzgando que todas sus páginas merecían ser quemadas, un año antes de morir comparte en un discurso académico la idea de González de Amezúa de que en ese libro de 1899 estaba el pensamiento de su Defensa de la hispanidad.

Colabora en las revistas más significativas de su época con acusada tendencia socializante y crítica. En este período, el más bohemio y agitado de su vida, pasa por nietzscheano exaltado. Se siente muy unido a Unamuno, diez años mayor que él, el cual le dedicó en 1900 su ensayo La ideocracia, al joven Ortega, que le era diez años más joven. Este, andando los años, en 1914 le dedicaría su primer libro Meditaciones del Quijote. Según confesó públicamente Ortega, le debía a Maeztu su inclinación a los estudios filosóficos. Antes de conocerle pensaba orientar su vida por el periodismo. Como maestros suyos en este período pueden considerarse Costa y Galdós.

A comienzos de 1905 marcha a Londres, como primer corresponsal de La Correspondencia de España. Asume también la corresponsalía de La Prensa, de Buenos Aires. Allí reside por espacio de quince años, los más fecundos de su vida, en los que serenó su ánimo y completa su formación, sintiéndose poderosamente marcado por el ensayismo y el periodismo inglés. Desde Londres se desplaza a distintas capitales del continente. Sigue en 1911 un curso de filosofía en la universidad de Marburgo, entre el neokantismo y N. Hartmann.

En 1910 había pronunciado ya su célebre conferencia en el Ateneo de Madrid, "La revolución y los intelectuales", y, en 1911, hablaba en un teatro barcelonés, sobre "Obrero e intelectuales". Ambas conferencias se encuentran editadas.

Si bien puede decirse que alguna de sus primeras ideas siguieron dominando su espíritu hasta avanzada su estancia en Londres, es en este país en donde experimenta su evolución más definitiva, en contacto con los guildistas y con T. E. Hulme, entre otros. No puede olvidarse fácilmente que, el 9 de enero de 1902, había publicado en La Correspondencia un artículo bastante significativo, recogido en este volumen, "Como muere un superhombre". Pero, sin duda, uno de los factores más importantes en la decisiva orientación de su espíritu fue la primera guerra mundial. Acontecimiento que coincide con su crítica a la libertad desenfrenada y equívoca, y con su denuncia de la crisis del humanismo. Fue de los primeros en el horizonte europeo en luchar contra la crisis de este humanismo, al que se le debe el trastorno de que el hombre se coloque como ilimitado centro del universo. Es indudable que supuso un progreso, pero vencido hacia el lado egoísta, y para vencer tal egoísmo considera preciso Maeztu dar al hombre una concepción más depurada de los valores, con los que llegue a una concepción más acertada de la cultura, del sistema político, de la libertad; en suma, de toda la organización funcional. Compendia este período su libro *Authority, Liberty and Function in the Light of the War*, Londres, 1916, traducido en una edición reelaborada al castellano con el título *La crisis del humanismo*.

El 14 de diciembre de 1916 se casa con Alice Mabel Hill, distinguida dama inglesa, y en Londres nace su único hijo, Juan Manuel. En esos días suele fecharse lo que se ha llamado impropriamente su conversión, de lo que ha hablado el propio Maeztu en un trabajo recogido también en este volumen. En realidad, comprende un período bastante lábil, en el que se debate una de las almas más lúcidas con una desgarradora honestidad, sin par en nuestras letras contemporáneas.

En 1919, regresa a su patria. Es ya una figura consagrada que, en plena madurez, goza de la general estima. Su estancia en el extranjero no ha podido ser más fecunda y provechosa para todos. Se vincula a la redacción de *El Sol*. Defiende el directorio del general Primo de Rivera, y, en 1927 se ve obligado a dejar la redacción de dicho diario, al ver fracasado su intento de inclinar a los intelectuales españoles a una labor coadyuvante con el gobierno de entonces. Da un curso de conferencias en los Estados Unidos. En 1926 había publicado *Don Quijote, don Juan y la Celestina*, centrado en la ausencia de idealidad en la vida española. Por esa misma fecha datan también sus tan controvertidas reflexiones sobre el sentido reverencial del dinero. En una cuartilla autógrafa que reproduce *La Razón*, de Buenos Aires, del 2 de fe-

cabo, suelen dominar las individualidades o aquellos espíritus difícilmente inscribibles en un círculo o período.

El hecho evidente es que Maeztu, aunque protestó siempre de su alineación con los del 98, sin lugar a dudas pertenece a esta generación desde los primeros momentos de la configuración de su grupo germinal, "Los tres", con Azorín y Baroja. Así es, si bien resulte algo difícil imaginarnos como equipo a un grupo cuyos componentes principales apenas se saludan.

Pero no menos evidente es que también figura a la cabeza del grupo europeizador de la promoción siguiente, alentando y guiando los primeros pasos de Ortega; adelantándose y compartiendo después con Pérez de Ayala y Madariaga las primicias del descubrimiento vis a vis del mundo anglosajón, o discutiéndole a Unamuno o a Zuloaga su proclamado casticismo antieuropeizante. No en vano fue entre todos los escritores europeos de los primeros en vivir hondamente las consecuencias de la primera guerra mundial. Tan es así que, entre nosotros, resulta difícil imaginarnos a ningún otro escritor que, como Maeztu, pudiera decir: "Yo no veo a París a través de la ventana de un hotel", aludiendo a determinados antecedentes de familia. Ni a Londres, ni a Berlín, ni a Roma, ni a La Habana de su adolescencia, ni al Buenos Aires de su madurez. No hace falta mucha perspicacia para advertir que en ningún lugar del planeta podía sentirse forastero un hombre como él, de tan intensa y vehemente vida interior, propenso por ello mismo a juzgar el mundo circundante con un criterio de propia raíz humana. De ahí las continuas vivencias y rememoraciones personales, de radio tan amplio, que constituyen uno de los mayores atractivos de sus artículos.

Y por si esto ya no dijera bastante, le vemos en solitario adelantarse a las figuras de nuestro gremio intelectual y literario, como precursor de la era que se avecinaba, configurando nuevos y, en no escasa medida, horizontes inéditos, tendiendo, además, puentes a los valores imperecederos de la tradición, a las verdaderas proporciones de la tan genuina como colosal empresa española de cara a América y a Europa y, lo que ahora nos interesa más en él: a su futuro.

Con razón ha podido decir Melchor Fernández Almagro, tan buen conocedor de la España contemporánea, en ABC del 6 de noviembre de 1955:

"Pocos intelectuales —Maeztu lo fue por modo típico— representan, con tanta autoridad y persuasión, el 'antes' y el 'después': entre medias, como punto esencial de referencia, está la primera guerra mundial. Con esta piedra de toque, cabe contrastar, no ya dos siglos, sino dos Europas, incluso dos Américas; dos mo-

dos distintos, cuando no contrarios de vivir; dos diferentes tipos de convivencia en sociedad."

Esta situación peculiar suya en el panorama intelectual y literario español explica muchas incomprensiones e inexactitudes de que ha sido objeto. Recuerdo exactamente que cuando yo me documentaba para escribir mi obra Maeztu —agotada ya desde hace unos cuantos años—, al visitar a muchos de sus amigos de una y otra época, me sorprendió la ignorancia que, por lo general, los de un período tenían del Maeztu que había evolucionado hacia metas más depuradas. De manera singular, los amigos de su última etapa, que casi pueden circunscribirse a los muy escasos años de la república, ignoraban, comúnmente, al anterior, que en múltiples aspectos fundamentales de su espíritu estaba ya bastante logrado. No digamos nada de lo que supuso, y de ello hablaremos todavía, para un considerable sector de nuestra vida intelectual su salida de El Sol.

Pero hoy la situación ha cambiado de manera considerable, y en este cambio me honro de haber contribuido con mi grano de arena. A diferencia de los que se advertían hace unos años, han empezado a proliferar estudios monográficos consagrados a las distintas vicisitudes de su espíritu. La razón no se ha podido ocultar. Se ha terminado por hacer justicia a la sinceridad y honda preocupación de su espíritu anhelante de verdad. El hecho se ha impuesto por su propio peso, como reconoce el profesor norteamericano E. Inman Fox, en un excelente y documentado artículo aparecido en el número 51, junio de 1967, de la Revista de Occidente:

"Una de las características más admirables de Maeztu —escribe— era su flexibilidad: estaba escuchando y revolviendo continuamente las ideas de sus contrincantes de prensa, y no pocas veces vislumbramos el resultado sano de un diálogo. Al fin y al cabo, se trata de un escritor que vuelve a menudo a los mismos temas, aunque con distinto enfoque y hasta diferente conclusión."

Por ello, cuando se le estudia con objetividad, se le considera por su indiscutible significación, entre las figuras más cimeras de nuestras letras; en la vecindad, al menos, de los más grandes. Y esto no es un descubrimiento de nuestros días. Desde su aparición en las letras, tuvo el apoyo de los más encumbrados, ya se trate de Cajal, de Rubén Darío, de Unamuno, de Galdós, de Ortega. Ciertamente que esta consideración, a partir de un determinado momento, empezó a sufrir determinadas intermitencias. De ellas hablaremos todavía; pero aún en el período en que empezaron a asomar las veleidades de los crí-

ticos “*militantes*”; en una revista tan significativa de nuestro ámbito intelectual, España, en su núm. 101, Salvador de Madariaga lo considera “salvo, quizá, don Miguel de Unamuno, como la figura de más amplia y profunda base de cultura que tiene España”. Y en el núm. 222 de esa misma publicación, en un suelto sin firma que se conserva con una dedicatoria autógrafa de Luis Araquistáin —(“Ahí va, querido Maeztu, esa nota inspirada en su sentimiento de justicia, afecto y reparación”, esta última palabra subrayada)— se lee, entre otras cosas por el estilo, lo que a continuación reproduzco extensamente:

“Felicitémosle, y felicitémonos todos los españoles que somos más vecinos ideales del Pirineo que del Atlas, de esta su repatriación en plena madurez de espíritu.

En este país sin crítica, sin valoraciones ni gratitud, la obra de Maeztu es una de las que están reclamando con más justicia y urgencia un detenido examen y una consagración resonante. Es la suya una de las existencias españolas más extraordinarias en el recodo del siglo XIX al XX, y desde luego la más inquieta y trashumante de la generación del 98. Maeztu es, en nuestro tiempo, el primer periodista español que sale a explorar Europa con un espíritu de universalidad. Antes de él, los periodistas españoles iban a París a pasmarse ante las baratijas de la civilización occidental, con infantilidad selvática. Maeztu, europeo de raza, se trasplanta a Londres y luego a Alemania, y bucea en los fondos más profundos del arte y de la ciencia, de la política y de la economía, de la filosofía y de la religión, de lo actual y de lo eterno, de lo inmediato y de lo remoto y de lo fantástico, de lo frívolo y de lo trágico; y de todo, su ágil e incansable espíritu, hace ameno tema de literatura periodística. La España contemporánea ha tenido en Maeztu el más poderoso transmisor de novedades de la inteligencia, y en el mismo al hombre más curioso y ávido de conocimientos. Otros habrán podido regresar a España con una técnica o una especialidad más trabajada, pero nadie ha hecho desfilar ante el público español un panorama espiritual de Europa más deleitoso, rico y fecundo durante quince años.

Añádase a esa virtud de la curiosidad la persistencia en el esfuerzo diario, bajo un perpetuo anhelo de originalidad y renovación; el inmenso volumen de su obra, dispersa en periódicos de Europa y América, como semilla enterrada en el surco, pero siempre en constante germinación; su absoluto desinterés, que le ha inducido a llevar su gran renombre como lujo, como ornamento, no

al estilo de tantos otros, como valor socialmente cotizabile; su magnetismo personal, que hace de él uno de los agitadores espirituales más estimulantes; su llaneza, su temperamento bohemio, su íntima modestia de eterno estudiante, su comunicatividad, la forma severa de su prosa, sólida y tersa, y se tendrá uno de los escritores españoles contemporáneos más complejos y magistrales. Las generaciones más jóvenes, que acaso alguna vez fueron injustas con él, le deben una serie de virtudes y enseñanzas que difícilmente podrán transmitir; no habrá sido poco que hayan podido aprenderlas.

Maeztu es como un emigrante que regresa a su tierra con un redondo capital del espíritu, cuantioso y saneado. Su trabajo, tan abundante en frutos, ganará en calidad humana al volver a arraigar en el suelo español. Su universalidad se había separado un poco de la localidad hispánica. Por otra parte, Maeztu es uno de esos raros hombres cuya presencia caldea y acrecienta el contenido humano de su obra. Reiteremos nuestros parabienes por su retorno. Sitúese donde se sitúe, su regreso enriquece pingüemente el común partido de la inteligencia, hoy tan menguado y, a pesar de la mengua, tan desunido, y aviva los sentimientos de solidaridad y antiguo compañerismo."

Madariaga, en su libro *España*, manifiesta un juicio similar, aunque en aquel entonces, cuando escribía su artículo en la mencionada revista, fracasase en su intento de suscitar la atención sobre La crisis del humanismo de pensadores, que, como Ortega o Fernando de los Ríos, "pueden y deben decir sobre estas cuestiones de filosofía del derecho muchas cosas que nos sirvan de provecho y enseñanza". Años después, fracasaría en otro intento parecido Ricardo Baeza, que en *El Sol*, de 20 de abril de 1926, se lamentaba del parvo repertorio de glosa logrado por la aparición de Don Quijote, don Juan y la Celestina, juzgando este vacío o silencio de las alturas como una verdadera llaga de nuestra vida intelectual.

Pero el hecho innegable que aquí nos interesa resaltar es que, si bien Maeztu era profundamente consciente de que "lo que hoy piensan los talentos, mañana lo hacen los pueblos" —repitiendo con otras palabras lo que ya se lee en el libro de los Vedas: "La acción sigue al pensamiento como la rueda del carro a la pezuña del buey"—, sabía aún, con tanta o mayor conciencia, que los momentos peores son aquellos de transición. No ignoraba que la inercia mental es uno de los factores más poderosos de la historia. "El hombre que, en un momento de su vida, echó a volar el alma para hacerse un sistema de ideas y plegó las alas cuando creyó haber encontrado la verdad, no se

decide fácilmente a reanudar el vuelo.” Tal vez por estos conocimientos suyos del corazón, vivió su vida en permanente zozobra, evolucionando como ninguna otra gran figura de su época. Preocupación pertinazmente olvidada por sus enemigos, que sólo se han fijado en las evoluciones de su espíritu para echarle en cara lo que lector más exigente no tiene derecho a sospechar: falta de carácter. Pues si la existencia del hombre presenta una ocasión propicia para valorar su carácter, ninguna otra mejor que su modo de arrepentirse. “El arrepentido —como dice el mismo Maeztu— encuentra en su misma contricción el manantial de una nueva vida, mientras que al no arrepentido no le queda otra vida posible que el recuerdo amargo de la ilusión desvanecida.”

Por todo ello, como ya indicamos, tiene un inmenso valor la más reciente orientación de los estudiosos encaminada a dar con la verdad de Maeztu en sus distintas etapas.

Estudios sobre las distintas etapas de Maeztu

EL MAEZTU ANTERIOR A 1916

Entre los distintos trabajos monográficos dedicados últimamente a Maeztu advertimos, en primer término, en la labor de unos buenos profesores norteamericanos —a los que podemos sumar los trabajos del malogrado profesor español en los Estados Unidos, Rafael Pérez de la Dehesa, recientemente fallecido—, una acusada preocupación por la vertiente social del primer Maeztu, lo que, sin duda, tiene un innegable valor biográfico, aunque no tan doctrinal como ellos se empeñan, sobre todo si juzgamos estos primeros artículos de cara a su pensamiento social más perfilado. Yo hablé mucho de esto con Pérez de la Dehesa, a quien le facilité varios de estos artículos de Maeztu; sin embargo, en casi todos sus trabajos siempre insistió en ello, así como insiste sobre el particular Martin Nözick, en su An Examination of Ramiro de Maeztu.

En honor de la verdad, hemos de reconocer que estos profesores resaltan la significación de estos escritos de Maeztu cuando tratan de dar con la clave de nuestra historia intelectual y espiritual más reciente. Una historia que hoy está casi en manos de extranjeros. Artículos que juzgan sumamente importantes, tanto por la hondura de las ideas como por la expresión de una reacción intelectual histórica. Maeztu, desde que empezó a actuar como periodista en Madrid, en 1897, “en seguida llegó a ser uno de los cronistas más leídos y respetados en España”. “Sus ensayos publicados en periódicos y revistas tales como El País, El Progreso, El Globo, El Imparcial, La Correspondencia de España, España, Diario Universal, El Socialista, Germinal, Revista

Nueva y Alma Española, constituyen, ni más ni menos, una de las visiones sociopolíticas más perspicaces de los problemas de la España de entonces." Son palabras del mencionado artículo del profesor Inman Fox. Esto es verdad, y no puede negarse. Hablan del mejor modo del talento de Maeztu. Y para valorar estas imprescindibles alusiones a sus artículos anteriores a 1916, sólo nos bastaría tomar como muestra el publicado en 1905 sobre el Quijote, o lo que afirma, en 1902, en "Cómo muere un superhombre", para advertir que abundan entre ellos, por múltiples conceptos, los definitivos. Pero, independientemente de su innegable valor biográfico y, aunque meritoria, de su discutible significación histórica —difícilmente puede permanecer inalterable una perspicacia histórica cuando los presupuestos ideológicos cambian o se modifican sensiblemente en su autor—, los artículos sociopolíticos del primer Maeztu más bien tienen una importancia prehistórica de cara a la simbiosis liberalismo-socialismo, que empieza a adquirir su verdadera trascendencia en su estancia londinense. Resaltar aspectos parciales de esta actitud, puede, en algunos casos, hasta resultar tendencioso. Otro es el caso de Unamuno, porque, desde el principio, junto con Marx, llevó a Hegel muy anclado en su espíritu. Impronta que le duró hasta el final de su atormentada existencia. De las ideas sociopolíticas del Maeztu de entonces, en cambio, puede casi decirse lo que, por lo general, se afirma en la historia de nuestras ideas sociales y políticas de Galdós o de Clarín, o de otros prohombres de la restauración, de lo que me he ocupado incidentalmente en Historia de una amistad, lamentando ahora no haber incluido en toda su extensión un capítulo que tenía preparado sobre el particular.

De estos primeros años de Maeztu, en su Sturm und Drang del 98, en realidad lo que ha tenido más significación para sus compatriotas fue su actitud eminentemente crítica, tal como se compendia en Hacia otra España —reeditada con un extenso prólogo mío en 1967—, que, por razones de espacio, no se incluye en este volumen.

Lo que pasa, sobre todo en su aspecto sociopolítico, desde la publicación de este libro hasta que se preludia su Crisis del humanismo, sin duda, en el espíritu de Maeztu tiene toda la significación intelectual propia de un alma que lucha noblemente para dar con la verdad. Pero, en definitiva, de cara a su pensamiento más logrado en este campo, es algo accesorio que no puede exagerarse. Se aduce que, "de 1897 a 1902, predominaba en él el ideal socialista, un ideal básicamente colectivo y que despreciaba —sin dejar, claro está de creer en la obligación del intelectual de formular y predicar el ideal— la expresión individual". Después, como siguiendo "la evolución natural de su filosofía social orientada hacia Nietzsche, sobre todo de 1908 a 1910, empieza a espigar la necesidad en España de un caudillo o grupo intelectual para

manejar el ideal sociopolítico e imponérselo al pueblo". Nos tememos que se nos quiera dibujar, por un lado, al pensador socialista y anticlerical que creía que las instituciones del Estado y de la Iglesia coagulaban el fluir del dinero, "la sangre del pueblo". Por el otro, al intelectual que al perder su confianza en el concepto moderno del liberalismo, o de la democracia, se convierte en el defensor de un general dictador, por mucha dictablanda que derroche. Trazos que resultarían sumamente simplistas, sin el sentido del matiz, que es, en última instancia, el que define al intelectual. Se le hace una profunda injusticia a Maeztu si se le quisiera encasillar de esta manera tan apresurada y tendenciosa. Nadie puede negar que en 1911 se consideraba un adepto de la filosofía liberal de Croce; que pasó intensamente por el neokantismo después de su estancia en Marburgo y que, además, desarrolló, a partir de 1905, lo mejor de su pensamiento sociopolítico en contacto con los ensayistas y escritores ingleses de la época.

Es Maeztu quien debe interesarnos, y no las ideas fijas de quienes lo estudien. Sin embargo, aunque algunos se sorprendan, hay todavía un tipo de escritor, por lo general de innegable impronta anglosajona, que muestra hoy especial empeño en colocarle a Maeztu un sambenito que en absoluto no le va, como es el de fascista. Buena culpa de ello tiene, sin lugar a duda, el propio Madariaga, cuando, posiblemente, con más inexactitud que mala intención, en su libro España, enfoca este aspecto de su pensamiento de manera tan equívoca. Tal vez ello explique —no removamos otros fondos— que en Inglaterra una publicación como New Statesman, del 21 de mayo de 1960, al comentar el libro de A. R. Jones The life and opinion of T. E. Hulme, aluda a Maeztu, dentro de una crítica a la filosofía de la reacción, a más de otros anacronismos e injusticias. A quienes estamos habituados a la lectura de lo que dice la prensa extranjera de nuestros días sobre las cosas de España, ya no nos sorprende esta alegría con que se ocupa de nuestros problemas intelectuales. Más difícil de comprender resulta (no sólo lo del New Stateman, aunque únicamente sea por lo mucho que Maeztu se ocupó de esta revista a lo largo de su vida) que una publicación tan especializada y seria como los Romanische Forschungen no acierte a separar a Maeztu de una supuesta y fantasmal obsesión hitleriana, amén de algún que otro juicio apresurado a que nos tiene acostumbrado más de un joven doctorando alemán.

La crisis del humanismo, y sobre todo la actitud posterior de su autor cuando madura espiritualmente su concepto de autoridad, no tiene nada de totalitario o fascista, sino todo lo contrario. Cuando la aparición de su libro, en 1916, no habían aún tomado cuerpo los fascismos en Europa. Después, cuando irrumpieron en la vida pública, rechazó expresamente esta denominación. Y ello, como expondremos, no encierra ningún enigma.

Desde un principio, una mente tan aguda como la del poeta y diplomático Ramón de Basterra lo vio con claridad en su artículo "Un alma ávida (Ramiro de Maeztu)", de la serie Almas del Pirineo, cuando juzgó este libro como "una especie de Versailles de las ideas, en que las plenipotencias de los ideales en pugna llegaban al armisticio autoritariamente humanitario de la sociedad futura". No podía expresarlo mejor.

Y Basterra, tan íntimamente vinculado hasta su prematura muerte a Maeztu, lo conocía muy bien para observar lo que había advertido ya en él toda mente bien intencionada:

"que había transfundido a su patria, en prosa enérgica, lo más levantado de las ansias del liberalismo británico. Habíase percatado, atónito, de la lozanía del sistema de autoridad germánico. Para ello había estudiado alemán; recorría como aerolito los cielos intelectuales centroeuropeos; residía en Berlín y en la goda ciudad de Marburgo; subrayaba y anotaba con lápiz de estudioso los libros del kantismo. Amanecía con una crítica del marxismo; comía leyendo a Maurras, se acostaba con una página de Cohen".

Por ello, con hondísima visión, a la que estaba habituado como buen vate, Basterra, aun reconociendo en Maeztu al "fundador del periodismo metropolitano español de universal estilo", sentenciaba que "no es el periodista, con ser Ramiro el primero de España, lo más admirable de este fecundo carácter. Lo más admirable en él es su avidez intelectual, su heroicidad de ser protagonista del pensamiento de Occidente".

Más recientemente, Francis G. Wilson, catedrático de ciencias políticas de la universidad de Illinois, excelente conocedor de la literatura política anglosajona, en su trabajo Ramiro de Maeztu: critic of the Revolution (1964), traducido en el número 97-98 de la revista Punta Europa, considera que "el libro de Maeztu Authority, Liberty and Function constituye una de las mejores declaraciones de hostilidad pluralista para con el Estado". Resalta su refutación de la teoría alemana del Estado y su incitación a las sociedades europeas a que se constituyan en una especie de organización sindicalista o de gremios. En sus contactos con los pluralistas y socialistas gremiales ingleses, al igual que ellos, deseaba que el individuo tuviera libertad para unirse a los grupos que formularían sus decisiones. Ciertamente ve un obstáculo en la ideología liberal que acompaña al actual mundo sindical, individualista por naturaleza, lo que contrasta con el hondo sentido social del mundo de los gremios. Pero no es menos cierto que Maeztu fue un acérrimo enemigo de la burocracia. Es más, vio en su incremento incontrolado dentro de los Estados modernos una de las causas de la guerra del 14. ¿Es esto fascismo?

De sus relaciones con el directorio militar del general Primo de Rivera se suele resaltar que tuvo en Maeztu un decidido partidario, sobre todo a partir de 1927; sin embargo, pocas veces se hace hincapié en que también fue un crítico muy agudo de sus fallos. Monárquico resuelto, en sus últimos escritos pregonaba abiertamente una monarquía corporativa, pero su propio término, "monarquía social", como anota el profesor Wilson, parece haberse convertido en la expresión más corriente de los monárquicos contemporáneos.

Por todo ello, sin abandonar las coordenadas más esenciales de su doctrina, Maeztu, en una entrevista publicada en *El Imparcial*, el 31 de marzo de 1933, pudo afirmar:

"Lo que ha ocurrido en España no es que vino la república, sino que cayó la monarquía... Mi pensamiento monárquico se funda en la necesidad de una justicia superior. Justicia por encima de la política y de las diferencias de clase"... Mientras España mantuvo ese concepto, que empieza a decaer a mediados del siglo XVIII, "era muy superior a todos los demás países en cuanto a orden y seguridad"...

"—¿Y no concibe usted ese sentido de la justicia en un régimen republicano?

"—Sólo sé que fue cierto con la monarquía.

"—¿Se puede considerar usted incluido en la inteligencia fascista?

"—No. Rechazo el "sagrado egoísmo nacional" de Mussolini. Yo, como buen español, soy internacionalista. De Hitler rechazo sus prejuicios de raza. Y de uno y otro, la ciega exaltación del Estado. Mi ideal es un Estado pequeño, justiciero sobre todas las cosas y de presupuesto razonable. En cambio, me place del fascismo su determinación de acabar con la lucha de clase, a base, naturalmente, de justicia social.

"—¿Cree usted a nuestras derechas preparadas para esa justicia social?

"—Tendrán que convencerse de que es el único procedimiento de atraerse a las masas. A lo primero que tienen que renunciar es al señoritismo, que es la arbitrariedad."

Estas ideas, las más perfiladas de Maeztu en el aspecto que aquí nos ocupa, pueden rastrearse ya en su estancia londinense. Hágase, por ejemplo, la historia de su crítica a la burocracia, o su vindicación de lo objetivo, y se verá la perfecta concatenación de lo que escribía en aquella época con lo que acabamos de escucharle.

LA ESTANCIA EN INGLATERRA

*De ahí que nosotros juzguemos de sumo interés, para dar con los fundamentos más sólidos de su evolución, el estudio de sus años de Inglaterra. Fue allí donde creyó encontrar su vía, su camino. No se trata de una mera conversión religiosa tal como ésta se entiende vulgarmente. Maeztu, cuando se le juzgaba a través de ese prisma, protestaba con razón. Siempre se consideró católico, si bien, en ese aspecto, puede decirse que, hasta el final de sus días, no cesó de lamentarse sobre su deficiente formación religiosa. Inclusive su libro *Authority, Liberty and Function* en la versión española ofrece en este aspecto matices muy significativos. Es más, su contacto con el pensamiento contrarrevolucionario católico es muy posterior. Posiblemente data de su estancia en Buenos Aires. El bagaje más significativo de su doctrina, durante un buen tiempo, es anglosajón. Y, en buena medida, se explica por la preocupación y contactos de sus años de Inglaterra.*

*Sin embargo, de su estancia en Londres, aunque tenemos múltiples noticias y documentos, escasean hasta ahora las monografías. Se han hecho algunos trabajos, todavía inéditos, sobre sus relaciones con el grupo de la revista *The New Age*, y, actualmente, en el departamento del profesor Pujals en su cátedra de literatura inglesa de la Complutense se trabaja en una tesis sobre sus relaciones con el célebre grupo imagista de entonces. Han sido T. S. Eliot con Ezra Pound, a los que se puede asociar otros nombres, como el crítico de arte Herbert Read, quienes posiblemente más han contribuido a resaltar la influencia de T. E. Hulme, el gran amigo de Maeztu, dándole a este período toda su significación.*

Desde 1905, desde los principios de su estancia en Londres, donde pasó los quince años más fecundos de su vida, Maeztu empieza a enviar a la prensa española y sudamericana sus crónicas, en las que se ocupa no sólo de cuestiones intelectuales, artísticas o de política internacional. Se ocupa también con tal intensidad de las organizaciones y problemas laborales, que con ellas pueden formarse varios volúmenes como los que últimamente se han publicado en la edición de sus obras.

De los intelectuales españoles, fue el primero en registrar con seriedad en nuestro siglo la importancia del fenómeno sindical, y el primero en escribir un capítulo importante en la historia del sindicalismo español.

Inglaterra era entonces el país europeo políticamente más en forma. Una forma que aún hoy está muy lejos de haberse esfumado del todo. Y Maeztu, en aquella Inglaterra dueña y señora del mundo, descollaría como uno de los intelectuales creadores que más habría de influir en el movimiento social político inglés llamado Guild Socialism.

El guildismo, con sus diferentes matices, representa una aportación original de los intelectuales ingleses a las controversias teóricas de los sindicalistas y de los socialistas, revistiendo una forma propiamente británica. Socialismo gremial que tiene entre sus antecedentes el socialismo cristiano de 1848, el renacimiento católico que operaba desde 1850; la reacción medievalista que corre a través de las obras de Carlyle, de Ruskin, de William Morris y del Arts and Crafts movement, el distribuismo de Chesterton y Belloc, aunque deba reconocerse la gran influencia del sindicalismo revolucionario francés.

En tierras inglesas, la significación de la palabra socialismo es mucho más vaga y general que en el continente, en donde se identificó con el marxismo y sus derivaciones. Fundamentalmente, y desde luego en el terreno práctico de sus realizaciones, el socialismo gremial o guildismo demostró coincidir con muchos de los asertos de la escuela corporativa católica, de la cual tomó gran parte de su contenido, aunque en las concepciones ideológicas de algunos partidarios se encuentren doctrinas que no coincidan, ni mucho menos, con ella.

El Guild Socialism lo funda un pequeño grupo que se había encontrado dentro del fabianismo: A. J. Penty, su creador; A. R. Orage, S. G. Hobson, Bertrand Russell y G. D. H. Cole, el más joven y el más brillante de estos neosocialistas. Simpatizaban con el grupo políticos como Mr. Donald, y sacerdotes como el reverendo William Temple, hijo del arzobispo de Canterbury. Su órgano de expresión más caracterizado era la revista The New Age, que dirigía Orage, y en la que colaboraría Maeztu durante varios años. Muchos de los postulados de aquellos sindicalistas fueron acerbamente combatidos al ser expuestos por primera vez; sin embargo, integran hoy, en forma más o menos acentuada, el programa de las Trade-unions, no solamente en Inglaterra, sino también en los territorios autónomos del imperio. The New Age era también frecuentada por un golpe de artistas, entre ellos dos de primera magnitud: James, el pintor, y el escultor Epstein, fallecido no hace mucho.

Es sabido que fue por puro azar profesional por lo que Maeztu entró en contacto con el grupo intelectual que redactaba The New Age. A ella aportó tantas ideas como recibió. Su contribución, dado el ángulo de sus preocupaciones, fue, sobre todo, de orden intelectual, sirviendo para consolidar, en no parca medida, los fundamentos éticos de la doctrina.

En una entrevista aparecida en el Diario de Madrid, el 29 de diciembre de 1935, que hizo Guillermo de Torre a otro ilustre español muy familiarizado con la vida inglesa, don Antonio Pastor, al preguntarle a éste por los intelectuales españoles vinculados a la vida inglesa y, más en concreto, si Maeztu había recibido influencia inglesa, responde con la mayor naturalidad:

—Contra lo que pueda aparecer a primera vista, Maeztu no ha recibido ninguna influencia inglesa. La ha ejercido. ¿Le extraña a usted?... El leader

del Guild Socialism, Orage, se consideraba como admirador y discípulo de Maeztu.

Y, en efecto, era esto lo que sucedía con los principales cabecillas del Guild Socialism, tanto con Arthur Penty como con A. R. Orage. Penty —al que Maeztu consideraba como a su mejor amigo en Inglaterra, y cuya influencia alcanzó algunas zonas del continente— recibió también el influjo de Maeztu como se ve claramente en su obra *Guilds man's interpretation of History*.

¿Por qué no continuó Maeztu elaborando esta línea sindical, con la misma intensidad de sus años de Londres y tal como se refleja en su libro *Authority, Liberty and Function in the Light of the War*? Don Luis Jordana de Pozas, en su interesante conferencia de 1930, "El régimen corporativo como sistema de reforma social", y don José Larraz en su excelente libro *La meta de dos revoluciones*, han lamentado públicamente que Maeztu, a pesar de haber contado entre los creadores del socialismo gremial, de modo inexplicable no haya vuelto a insistir en esa dirección.

No hay la menor duda de que don Ramiro de Maeztu, hasta los últimos años de su vida, continuó escribiendo artículo tras artículo sobre sindicalismo y otras cuestiones similares de índole laboral o económica. Dos años antes de morir confesaba públicamente que los sindicatos profesionales le contaban desde hace tiempo por uno de sus adeptos entusiastas. No obstante, los lamentos de los señores Jordana y Larraz son explicable, porque lo que ellos deploran es que Maeztu no prosiguiese su labor de creación intelectual desarrollando una línea fecunda del pensamiento sindical, pudiéndola buenamente conectar, en los últimos años de su vida, con una filosofía social más sólida que la que en aquellos años londinenses estaba presente en su espíritu.

Pero este problema, que es también una encrucijada vital, suscita una reflexión para comprender el espíritu de Maeztu. Hombres como él nacieron para elegir en cada hora difícil las brechas más amenazadas de la vida española, y para estar allí cubriéndolas de cuerpo y alma, todo entero, sin regatear sacrificios y sin perderse en circunloquios. En aquellos años de su estancia en Londres, creyó que el problema social era el más necesitado de su atención, y a él dedicó sus mejores esfuerzos. Una vez regresado a su patria, en 1919, se vio pronto desbordado por otros problemas de diferente índole, no sólo culturales, sino además políticos y espirituales, y se sintió en la necesidad ineludible de defender los valores supremos que en nuestra patria se hallaban en estado de sitio. Desde esta perspectiva ha de entenderse su frase "ser es defenderse", sobre todo lo que él entendía como defensa de nuestro ser más sustancial. Ciertamente, siguió hablando de sindicatos y de agrupaciones laborales, pero el peso de gravedad de su alma le inclinaba a otros menesteres más urgentes y necesarios: la defensa del espíritu, la defensa

de la hispanidad..., porque si no hay patria ni espíritu, mal sabor tienen entonces el pan y la justicia.

La trayectoria social de Maeztu, en este punto, es, en cierto modo, inversa a la que hoy se estila entre nosotros en ciertos medios juveniles, obsesionados con el problema social sin haber entendido todavía el profundo significado del pasaje evangélico que nos dice: "no de sólo pan vive el hombre".

A este último Maeztu se le suele juzgar, además, desde la facilidad que da vivir hoy en una España rescatada, lograda gracias a un puñado de hombres que, guiados en buena medida por el Maeztu iluminado de aquellos años, se alzaron en un desesperado gesto nacional. Su última etapa se suele mirar desde un ángulo distinto al suyo, desde otros problemas que no fueron tan importantes como aquellos a los que él, en aquellas horas decisivas de la historia de España, y aun de la de Occidente, les dedicó su mejor atención, consagrándoles, al fin, su misma vida.

En una entrevista concedida a un escritor peruano, Julio de la Paz, publicada en 1922 (sept.) en la revista Atlántida, Maeztu habla de esas cosas y dice:

"No puedo negar que en España se me tiene un gran respeto; nada más que respeto. Escuela no he logrado hacer. Mis amigos de una hora se han convertido luego en mis enemigos. Quizá porque ellos se quedaban en el punto de partida, mientras que yo continuaba pensando. La verdad es que más influencia tengo en Inglaterra. Me ha ocurrido que cuando la alabanza inglesa absorbía mi personalidad, alejándome de los vínculos espirituales que me ligan a la patria, he abandonado Londres más que de prisa, para ir a España —y con voz bronca, que resuena en su pecho, lleno de ardiente españolismo, grita Maeztu—: ¡No, no!; antes que nada, ¡soy español!"

Y el escritor peruano que le hace esta entrevista en Londres puede comprobar cómo los elogios ingleses le pesan a don Ramiro como si fuesen cadenas ceñidas a sus pies. En Inglaterra es un escritor reputado, para quien los intelectuales tienen consideraciones halagadoras. Con menos se conformarían otros. Wells le cita como a un maestro del pensamiento contemporáneo; Bernard Shaw polemiza con él acerca de las ideas de su libro; Rose se declara partidario de sus opiniones y le consagra elogios; la universidad de Oxford invítale a un debate en torno a su libro; el Morning Post declara que "es el hombre que más ha hecho por la dignidad del periodismo"; en el libro de Miles Carpenter, profesor de Harvard, Guild Socialism. An Historical and

critical analysis, en la página 98 puede leerse: "El concepto del señor Maeztu ha llegado a ser conocido entre los gremialistas como el principio funcional, y ya ha encarnado en su propaganda desde la aparición de su obra. Ha sido especialmente adoptado tanto por Mr. Cole como por Mr. Hubson, en sus teorías políticas, y por Mr. Tawney", nombres todos ellos entre los más significados del movimiento guildista.

Tuvo buen ojo Maeztu al elegir el círculo de sus amistades británicas. De su gran amigo T. E. Hulme, muerto en la primera gran guerra, se sabe hoy que ha tenido una gran ascendencia sobre el moderno espíritu anglosajón a través de su influencia sobre T. S. Eliot. La obra de su otro gran amigo, Penty, llegó a interesar a los alemanes, y de Orage todo el mundo sabe en Inglaterra cómo logró que escribieran gratuitamente en su revista los escritores mejor pagados del país, incluyendo al propio Bernard Shaw, Chesterton, a Wells, a Elliot. Logró popularidad al momento de morir, en 1935, y de él escribieron necrologías los escritores citados, más Ezra Pound, Cole... ¡A R. Orage, admirador y discípulo de Maeztu!

Pero, con Maeztu, entre nosotros sucedió lo de siempre. El mismo lo dijo en varias ocasiones: "Londres es como mi ciudad; mi espíritu y mi alma son españoles."

EL ÚLTIMO PERÍODO

El período que va desde su regreso a España, en 1919, o, más en concreto, desde su salida de El Sol, en 1927, hasta su muerte, en 1936, es, sin duda, el que más ha contribuido a perfilar de manera definitiva su figura. Pero es también el más desconcertante, y el que más puede contribuir a desfigurar su más genuina significación si no se acierta a enmarcarla en sus justos límites. Y, lamentablemente, esto último ha sucedido con relativa frecuencia.

Se trata de un Maeztu que, si bien está ya entusiasmado con la obra histórica de España, sus contactos con el genuino pensamiento tradicional católico y español aparecerán como muy tardíos. Posiblemente, como ya indicamos, es a raíz de su estancia en Buenos Aires, en sus relaciones con los jóvenes nacionalistas católicos, donde empieza seriamente a interesarse por él; sin embargo, en *Defensa del espíritu* confiesa abiertamente sus propios límites.

La verdad es que el último Maeztu, constantemente deslumbrado por lo último que se le acaba de revelar, todos los días nos amenazaba con descubrir el Mediterráneo. Pero no menos cierto es que nunca en nuestras letras un escritor ha hecho tanto con un bagaje filosófico y teológico fletado tan a última hora. No puede negarse que algunas de sus afirmaciones sobre Trento, el padre Vitoria o el mismo Arintero, desconciertan a los especialistas. Pero no menos

cierto es que si el español medio sabe de estos nombres, principios o influencias, en no escasa medida se lo deben a Maeztu. La prueba es que los diarios de más circulación, cuando se refieren a estas cuestiones, suelen difundirlas todavía con el marchamo con que entonces él las lanzó.

Por otra parte, muchos de sus más allegados se han sorprendido de la manera con que el propio Maeztu exteriorizaba su ignorancia en pequeños detalles de su práctica religiosa, algo inconcebible en quienes la han vivido con más naturalidad o rutina. Sin embargo, no hay nadie entre quienes le han tratado de cerca que haya puesto en duda la sincera y honda piedad de su espíritu. De todas estas cosas, así como de su humildad, han hablado monseñor Zacarías de Vizcarra, Castro Albarrán, sus contertulios de Acción Española, siendo seguramente el padre Venancio Carro, O. P., su sucesor en el sillón de ciencias morales y políticas y ex profesor del Angélico de Roma, quien ha acertado en su artículo "El Ramiro Maeztu que yo conocí", publicado en el número 102 (1964) de la revista Punta Europa, a exponernos con cierto lujo de detalles los límites de un Maeztu "íntimo, cristiano sincero y practicante, que anhelaba y soñaba, con la fe de enamorado del ideal, con una nueva España, bien asentada en sus viejas y legítimas tradiciones".

Un Maeztu que debe a unas conferencias pronunciadas en Bilbao por el padre Juan G. Arinterro, O. P., sobre la vida espiritual, la confirmación de su rejuvenecida fe católica. No se trataba de uno de esos oradores que arrebatan y fascinan por sus cualidades naturales. Su elocuencia brillaba casi por su ausencia; e igualmente, escribía sin preocupaciones literarias. Sin embargo, cautivaba, y sus oyentes se acrecentaban día a día. El secreto estaba en su santidad. "Era el hombre de Dios, que debelaba los secretos de la vida espiritual y mística porque los vivía intensamente. Esto es, sin duda —añade el padre Carro— lo que cautivó a Maeztu." El conocido dominico francés padre Garrigou Lagrange se gloriaba de ser discípulo del padre Arinterro. A él le debe su dedicación al estudio de las cuestiones de espiritualidad cristiana. Nuestro máximo escolástico contemporáneo, el padre Ramírez, también solía encomendarse a él. Digamos, en fin, que su proceso de canonización está ya en Roma, para elevarle a los altares, si la Iglesia le da su aprobación.

Pero por muchas veces que Maeztu citara al padre Arinterro, como a otras grandes figuras de nuestro pensamiento tradicional, es evidente que, cuando rozaba elevadas cuestiones teológicas y aun filosóficas, lo hacía con la mejor intención, pero sin la preparación propia de los formados en esas disciplinas, lo que, por otra parte, no es para sorprenderse. Mas, como está todo Maeztu en estas palabras, que con frecuencia le escuchó el padre Carro: "Yo adivinaba y presentía estas doctrinas, pero no acertaba a formularlas." Se daba cuenta de la base firmísima de los grandes teólogos juristas españoles y de

Santo Tomás. "Escriba, escriba usted de estas materias." De ahí su entusiasmo ante la sola definición de la ley que da Santo Tomás, como parto de la razón del hombre, en cuanto intuye el orden divino y traduce en proposiciones intelectuales las rutas de ese mismo orden incrustado en nuestra naturaleza racional. *Rationis ordinatio* llena de virtualidades sociales, que tanto agradaba a Maeztu. Tendencia iusnaturalista, a la que tendrán que aferrarse los mejores maestros del derecho, si desean que se conserve un rastro de él en los tiempos que ya nos acosan.

Así, en este último Maeztu, proclamador de la historia española que ofrecía al mundo un ideal que no tenía el resto de Europa, defensor de su razón antigua y, con ella, de su gran historiador Menéndez y Pelayo; así como de todo un arte y modo de vivir a los que los hombres puedan acomodarse de un modo permanente, etc., ha de distinguirse con sumo cuidado dos vertientes de un mismo pensamiento, distintas, pero no contradictorias. La que ya conocemos desde su estancia en Inglaterra y la que, últimamente, trataba de perfilar en contacto con lo que ha sido siempre considerado como tradicionalmente católico y español. En todo caso, y José Pemartín logró formularlo de la manera más nítida: "Supone al hombre superior y completo que ha faltado —por venir a la vez demasiado tarde y demasiado pronto— a nuestro, por otra parte, glorioso tradicionalismo español." Esto es lo más verídico, y el mismo Maeztu era en no escasa medida consciente de esa dualidad cuando escribía: "Los tradicionalistas de la vieja cepa son hombres de principios, de dogmas, de postulados intangibles. Los de la nueva somos experimentalistas, que hemos tratado —sin éxito alguno— de conciliar el bien de España con el sufragio universal y la democracia, y por no haber podido conseguirlo volvemos ahora los ojos a las ideas de nuestros hermanos mayores."

Buena parte de la importancia de su significación se la debe Maeztu a su afán de conectar toda su labor y experiencia anterior —de gran trascendencia histórica e intelectual— con el pensamiento tradicional, tal como se concebía en España. Es, en su conjunto, el mismo Maeztu de siempre, con su avidez característica. Esa avidez que, con palabras de Mourlane Michelena, "da a sus ojos el más espiritado azul, sin que deje jamás que se le amaine, aunque el corazón le quede inhibido y al paio. Su cuerpo flaco es una antena y está tremando siempre como sacudido por la onda del mensaje". El mismo Maeztu, podía entonces responder exactamente lo que le contestó a Giménez Caballero para la *Gaceta Literaria*, el 15 de febrero de 1927: "que su posición es tan clara como ayer y que lleva más de diez años en esta tendencia, sobre todo después de la guerra". Tendencia que a su vez considera "como el mejor signo de europeidad y de altura de espíritu".

Con todo, resulta evidente que los logros alcanzados por Maeztu en el cultivo del pensamiento tradicional, pese a sus innegables y muy valiosos méritos, en muchos aspectos fundamentales han de completarse con adquisiciones anteriores o, mejor perfiladas, de otros pensadores de esta tendencia. Piénsese tan sólo en la distinción entre soberanía social y soberanía política de Mella, o en el modo como expone el padre Santiago Ramírez el concepto de autoridad, que es al cuerpo social lo que la forma a la materia, o su precisión sobre el bien común inherente a la sociedad, etc.

Por lo demás, junto con esta particularidad del pensamiento de Maeztu, no han de olvidarse las circunstancias poderosamente condicionantes de aquel momento histórico que le tocó vivir en los años republicanos, en las que había que elegir entre defenderse o perecer. Clima de provisionalidad y neurastenia en que todo el mundo, más o menos, se vía forzado a moverse. Ello explica que los aspectos tal vez más fecundos de su pensamiento quedasen casi ahogados bajo la efervescencia urgente del instante. Pidámosle al cielo que la situación no vuelva a repetirse, aunque, cada vez más, a juzgar por los derroteros que lleva el mundo, nos inclinamos a creer que una situación como aquélla no se halla tan alejada de nuestro horizonte como no hace mucho creíamos la generalidad de los españoles, con lo que, digámoslo también, volvería inesperadamente a ser actual hasta el Maeztu, desgarrado por el infortunio, de sus últimos años.

*Entre una cosa y otra se comprende que Lorenzo Gomis, en el trabajo que le dedica a Maeztu en su libro *La ciudad a medio hacer* confiese francamente —aunque reconoce que tal vez muchos discrepan de esta opinión— que lo que le parece todavía más interesante en su pensamiento y lo que encuentra más útil para alimentar a la juventud de esta segunda mitad de siglo es la significación de los años de su estancia en Inglaterra. Se inclina a creer que la hora española que vivimos precisa más de una mentalidad como aquélla de purgatorio que de otra cosa. Hasta el mismo ABC, en un artículo de tercera página, sin firma, del 28 de febrero de 1967, dedicado a su majestad el rey don Alfonso XIII, proclama abiertamente que, “sin duda, el gran fallo del reinado de Alfonso XIII fue que ni el país ni los políticos acertaran a canalizar un socialismo evolutivo de tipo europeo; por ejemplo, como el que Maeztu fue a estudiar en Inglaterra, o como el que estaba inspirando a la sociodemocracia germánica”.*

Desde entonces, por supuesto, ha llovido mucho, y a medida que se conoce mejor la aportación de Maeztu se va distinguiendo con más claridad los distintos niveles y cimas de su pensamiento. En todo caso, sin exorbitaciones, dentro de su más genuino marco, el último Maeztu, por la índole de su

temática y por la ambición de su meta, es el de más calidad, aunque ello no nos debe ocultar, al lado de sus innegables logros, sus evidentes limitaciones.

Maeztu en la encrucijada de cuatro minorías

Con lo dicho hasta aquí podemos ya formarnos una idea de su significación en la encrucijada de las distintas minorías y acontecimientos históricos que le tocó vivir.

A estas alturas, se sabe con cierta seguridad que la influencia ejercida por los hombres del 98 es tardía e indirecta. Baroja, en su discurso de ingreso en la Academia, habla de cuánto se ha exagerado en este punto; sin embargo, no puede negarse que su influencia comienza a sentirse en los años de triunfo de la generación siguiente. Hasta entonces, las voces del 98 claman en el desierto, quizá, como apunta Torrente Ballester, con la única excepción de Benavente, por la mayor accesibilidad de sus ideas y por el instrumento escénico empleado. Pero llega un momento, que se suele situar hacia 1912, prolongado luego bastantes años, en que la convivencia de dos generaciones del mismo signo favorece a la más antigua y es entonces cuando comienza a advertirse el resultado de sus obras. La mayor reputación de los hombres del 98 comienza después de 1920, pero compartida con la de Ortega y Gasset, d'Ors, etcétera. Y es aquí, en este punto, en esta confluencia generacional, observada con agudeza por Torrente Ballester, desde donde, añadimos nosotros, ha de meditarse el "caso Maeztu".

Si la mayor reputación de los hombres del 98 comienza después de 1920, Maeztu, por estos años, está políticamente mal situado para los managers de las reputaciones, pues es el único de su generación que se separa políticamente de los otros miembros del grupo para unirse al general Primo de Rivera. Tan mal situado, que se considera a sí mismo como un leproso.

No obstante la preeminencia de Maeztu durante el período generacional propiamente dicho del 98, no hay nadie que la discuta. Resulta prácticamente imposible discutirla. Otra cosa es lo que vemos después. Se emprende un camino por el que terminaría Jeschke considerándolo una celebridad del instante; Salinas, poniéndole en un plano inferior al de sus compañeros y, siguiendo esa línea, lo que más le concede Laín es la caridad de hablar de su espíritu apostólico.

Así como ha explicado Torrente Ballester, han tenido que pasar muchos años para que los miembros del 98 se sosieguen y normalicen en su conducta social, pues fue necesaria, nada menos, que la obra de toda la generación inmediata, generación segura de sí misma, que ya no necesita acudir a la extra-

vagancia y a la singularidad (con la excepción, acaso, de Gómez de la Serna) para hacerse sentir y respetar en la vida española. En ese sentido los hombres del 98 son deudores en cuantiosa medida no sólo de la generación de Ortega y Gasset, sino del propio Ortega. Pero habría que añadir: sí, todos ellos menos Maeztu, que se salió del redil.

Esta maniobra de reputaciones culmina precisamente en los años finales de la dictadura y preliminares de la segunda república, simplemente cuando la institución del intelectual como tipo acostumbrado, aunque incómodo, se consolida dentro de la sociedad española.

Es preciso, pues, tener también presente el papel jugado en este momento como pontificador en las letras españolas por Ortega, y la relación que con éste mantuvo Maeztu. Relación fraternal y casi discipular en un principio, habiéndole dedicado Ortega su primer libro, para venir después, precisamente por aquellos años, la ruptura y, al final, el absoluto y rencoroso silencio (1).

No puede negarse a la generación del 98 anchos efectos en la transformación cultural de España, literariamente retrasada en el tiempo, empujándola

(1) El siguiente episodio integra por sí solo un capítulo bastante ilustrador de estas relaciones. Con el título "La verdad ante todo", se publicó este suelto en *Correo de Galicia* (el periódico español de mayor circulación de la República Argentina), el 6 de enero de 1929, año en que Maeztu era embajador de S. M. católica en Buenos Aires:

"Ahora que el señor Ortega y Gasset se ha ausentado para España, podemos hablar, con toda claridad, acerca de un hecho que coloca muy alto el españolismo de don Ramiro de Maeztu. Suscitar esta cuestión antes de este momento, hubiese sido tan inoportuno como indiscreto. Ahora sí podemos hablar. El día que el ilustre pensador español llegó a esta capital, fue don Ramiro de Maeztu quien, en su calidad de embajador de España, concurrió a la dársena norte a recibir al señor Ortega y Gasset, a quien cumplimentó afectuosamente.

"Todos los que sabemos algo de esas cosas estábamos enterados de ciertas diferencias existentes entre ambos intelectuales, pero el señor Maeztu, sin rebajarse en lo más mínimo, creyó, y creyó muy bien, que en un país extranjero, esas diferencias de carácter local desaparecerían para dar ante esta nación la nota de gentileza que cuadraba al embajador de España, tendiendo su mano al intelectual español, precedido de grande y justa fama, que venía a enaltecer el augusto nombre de la patria común.

"El señor Ortega y Gasset no quiso corresponder a esa cortesía y ello resultó, francamente, lamentable. No sólo no devolvió su visita al señor Ramiro de Maeztu, sino que, encontrándose en Chile, se hospedó allí en la embajada de España, para mayor contraste, y ahora al ausentarse, lo hizo sin cumplir ni corresponder a la actitud gentilísima del embajador de España.

"Desearíamos que no se viese en esto el menor asomo de lagotería ni adulación. No servimos para esos menesteres. Pero, un mandato imperativo de nuestra conciencia y de nuestro sentimiento patriótico nos lleva a felicitar calurosamente, en esta ocasión, a don Ramiro de Maeztu, quien supo salvaguardar dignamente su carácter de representante oficial del gobierno de España y de intelectual español, elevándose sobre pequeñas incidencias, para mostrarse caballescamente en su puesto, sin rebajamiento ni claudicaciones. No así el señor Ortega y Gasset, a quien no le fue posible, pese a sus grandes y reconocidos talentos, sustraerse a la influencia de esas minucias.

"Esta es la verdad y como tal verdad hace honor al señor embajador de España, con cuya actitud están de acuerdo cuantos han comentado el deplorable incidente.

"Y esta manera de pensar de los españoles todos aquí residentes, cualesquiera sean sus opiniones políticas, debe llegar hasta el señor Ramiro de Maeztu para compensarle de

hacia el primer plano de la producción literaria y artística; pero no puede tampoco negarse la inseguridad social que los cobijó, provocada por las deficiencias de educación y de cultura, imprescindibles para juzgar el efecto que en nuestro país, durante aquellos años, pudieron lograr los maniobreros de reputaciones, exaltando y silenciando por motivos extraintelectuales nombres muy concretos. Lo último fue lo que padeció Maeztu durante este período tan importante en la vida intelectual de España.

Por lo demás, la obra de Maeztu, vertida, en muy buena porción, en la prensa diaria, sólo ahora, iniciada la publicación de sus obras, está en camino de ser debidamente valorada; pero esta parte de su obra, la no recogida por él en volúmenes, quedó inmersa en el comentario cotidiano, aunque en su tiempo no fue inoperante. Mas en el paso de una generación a otra, en el surgir de nuevas promociones, se perdió la línea dialéctica de toda una trayectoria tan vital como espiritualmente desgarradora, la más interesante y seria de la España contemporánea, al tiempo que corrían sobre él juicios tendenciosos que deformaron la objetividad de una realidad que resiste a toda esa crítica de tan clara procedencia. Así, si al descuido editorial con que Maeztu atendió a su obra, añadimos la dedicación tardía de sus seguidores a publicarlo y estudiarlo seriamente, encontraremos, en cierta medida, una muy relativa justificación al olvido y silencio de que ha sido objeto.

Mas la actitud ante Maeztu, como ya indicamos, ha cambiado fundamentalmente en los últimos tiempos. Todo ello muestra que cuando ahora, en esta segunda mitad de siglo, se oye citar su nombre, se va haciendo ya con un acento muy distinto del retórico, excesivamente politizado y oficial del que tanto se abusó años atrás, lo que redundó en menoscabo intelectual de su mejor fama. Cuando al hablar de Maeztu coinciden ahora las citadas aportaciones con el texto de una revista extranjera que ve en él al pensador por antonomasia de la nueva situación creada en la España de la posguerra, o con la de un diario que anuncia a los años venideros como años de Maeztu... no puede negarse la actualidad y eficiencia de un gran espíritu, aunque plasmado en una obra muy

la amargura que siempre producen estos hechos desagradables, a los que, muchas veces, no se les encuentra otra explicación que una de esas obcecaciones pueriles, en las que pueden y suelen caer las más privilegiadas inteligencias."

Ignoro si este episodio paró aquí. En los años de la república se sabe que no se saludaban. A sus íntimos les decía Maeztu que Ortega, con la publicación de su artículo "El error Berenguer", se había contradicho. Por lo demás, las relaciones de Ortega con otra figura tan íntimamente vinculada a sus peripecias intelectuales, el catedrático de filosofía, don Manuel García Morente, ofrecen situaciones parecidas desde que éste se ordenó sacerdote. Todo esto es humano, demasiado humano. Incomprensible, sin embargo, es que la fama de liberal la usufructúe el de más intransigente cordialidad, mientras que otros, de más humilde condición y de espíritu mucho más pulido, cargan con los sambenitos más injustos.

volandera, la cual, pese a ser todavía poco conocida de los españoles, en su aliciente principal, que es renovador en el orden eminentemente literario, social, político y espiritual, conserva una gran vigencia. Sin embargo, aún tardará algún tiempo en saltar definitivamente hecha pedazos la pesada y sepulcral losa que sobre su nombre pusieron al alimón, miopes de espíritu, muchos intelectuales políticos españoles.

¿Por qué esa saña contra Maeztu? ¿Por qué esa desproporción entre el volumen de una obra eficaz y su resonancia y recuerdo? Muchos se han hecho esta pregunta y, sin duda, ha sido Pemán quien ha acertado a responderla con más tino:

“Defender el ser —que es lo que hizo Maeztu, como Menéndez Pelayo— requiere menos fanatismo que volverlo de abajo arriba como intentaban las sectas e instituciones de la revolución. Para mantener verde mi fachada verde, gasto menos pintura que para pintarla de azul o de amarilla.” Cita Pemán una larga lista de hechos semejantes: cartas de Donoso o de Menéndez Pelayo, en plena madurez, donde intrigan y casi pordiosean, como dos noveles, para que hable la prensa del Ensayo o de las Ideas estéticas; repentina inexistencia de García Morente desde que se hizo sacerdote... Es raro el escritor español de esa línea tradicional que no pueda hacer suya la queda de don Marcelino en carta a Clarín: “Yo, sin practicar dogmáticamente la tolerancia, la practico mucho más que ellos.”

Es de antología lo que Eugenio Montes ha escrito de la campaña de que fue objeto Maeztu: “No hubo en toda el área nacional —escribe (La estrella y la estela, 1953, pág. 311)— hombre más hostigado. Con nadie tuvo la injusticia tanto encono. Nadie padeció en igual medida la pena inconsolable de la más absoluta soledad... Como obedeciendo a una consigna terminante, jamás se pronunciaba su nombre en los medios intelectuales, ni para bien ni para mal. Era la conspiración del silencio, la más cruel y heridora. Como si escribiese para el desierto, para la arena y el viento, para el silencio lunar. Ni una cita ni una alusión, ni siquiera una réplica. Fue entonces cuando yo me atreví, por espíritu de objetividad y justicia, a dedicarle en El Sol un folletón elogioso. En esa ocasión nos conocimos. Vino a verme —a mí, que era entonces casi un muchacho—. Temblorosamente conmovido pronunció innecesarias palabras de agradecimiento y cariño. Y luego, tras una pausa, esta frase que jamás olvidaré: ‘Pero no vuelva usted a hacerlo. No me cite, no me mencione. Es usted muy joven y no tiene derecho a que le cerque el silencio como a mí. Yo soy un leproso’...”

Después del alzamiento nacional, la conocida generación del 36, la tan aireada como astillada generación de intelectuales, la más llamada a reivindicar su nombre, haciéndole la justicia que su labor merecía y esperaba, fue, en cambio, la que paradójicamente más contribuyó a silenciarle y vituperarle más aún de lo que estaba. Vinculada íntimamente a otros derrotados intelectuales, de los que me he ocupado extensamente en otro lugar, perdieron esta ocasión de manera similar a como habían perdido otras de gran trascendencia.

Por ello no se vaya a creer que el hábito de denostar y aun de injuriar a Maeztu se ha perdido en nuestras letras. Todavía José Bergamín, el 3 de agosto de 1963, le dedicaba los siguientes términos: "energuménico", "pigmeo", "pintoresco", "explosivo", "versátil", "anarquizante", "demagógico", "charlatán"... Por esa misma fecha, ¿no llegó a afirmar Antonio Espina que "la hispanidad fue un truco que se inventó Maeztu para ser ministro con los reaccionarios"? Y actualmente, entre tantos pinchaglobos que proliferan no falta alguna que otra desconsideración. Con todo, este sectarismo no es tan rencoroso como el otro sin alharacas, que cultiva la indiferencia y el silencio, y al que conviene una vez recordarles la célebre máxima confuciana: "He visto plantas de arroz que brotan, pero no florecen, y he visto plantas de arroz que florecen, pero no dan granos." Por ello, Pemán, comentando el libro que le dediqué a Maeztu, al advertir la existencia de muchos textos olvidados o desconocidos, escribió en ABC del 20 de diciembre de 1955: "Su libro es como una especie de resurrección de los muertos. Y ese día de la resurrección y del juicio sabido es que será el día de las grandes sorpresas."

Paralela, sin embargo, a esta labor de sañudo sectarismo existe otra de más largo alcance y de cata más a lo vivo, que, para asombro de futuros historiadores, ha conseguido últimamente que se vayan relegando a la zona del olvido cuando no a la de los apestados llamados ahora ultras, a quienes son los más cotizados representantes de nuestro pensamiento hispánico y, por más señas, los más equilibrados de nuestra vida intelectual. Balmes, Menéndez Pelayo, Mella, Maeztu, Pradera, d'Ors, Morente... Es ésta una de las mayores torpezas de nuestra vida pública de hoy en la que todos de algún modo hemos puesto las manos.

El verdadero Maeztu

Pero no todo es historia, ni la visión de Maeztu puede agotarse en una bibliografía acusadamente historicista. Existe también su pensamiento o, si se prefiere, su mensaje. Lo que en él ha tratado de sobrevolar el tiempo que todo lo devora. La historia explica lo que el hombre hace, pero no por ello da indefectiblemente razón de lo que es.

Y en este aspecto, el de su pensamiento, sí que escasean las monografías. Por un lado, el campo no puede ser más vasto. Por el otro, el inconveniente mayor es el carácter de su misma obra, bastante dispersa, si bien un estudio de ella nos revela que es más consistente y orgánica de lo que parece a primera vista. Su misma manera de componer el artículo, por las noticias que tenemos de sus allegados, independientemente de su estilo, que de por sí nos habla de su espíritu, nos muestra al estudioso preocupado tanto de la información exacta como de la más honda elucidación del tema que le ocupa. He hablado mucho de ello con Joaquín de Arrarás, maestro de periodismo y gran amigo de Maeztu. Y Jorge Vigón ha podido escribir certeramente:

“Si fuera cierto que se es intelectual en la medida que se es voluptuoso de problemas teóricos, de ideas, había que decir entonces que Maeztu no era un intelectual. Maeztu era más bien un artesano de las ideas... Sus artículos son, en efecto, edificaciones de una gran solidez contruidos con un sólido hormigón de ideas. Son el resultado de un método de trabajo que exige —probablemente por falta de confianza en su memoria— una laboriosa acumulación previa de notas, de observaciones, de citas; y, luego, los apremios de tiempo impuesto por la naturaleza de la labor periodística. Por eso sería ligereza imperdonable juzgar incoherentes algunos de sus trabajos. Esta puede ser una disculpa para la pereza de quien quiera evitarse el trabajo de buscar los nexos que ligan las ideas, que el escritor omitió, quizá por parecerle demasiados obvios; algunas veces por exigencias de espacio; otras, por prisa para sacar a la luz una idea”
(El Diario Vasco, 14 de abril de 1974).

¿Por qué Maeztu no ordenó de manera más presentable y asequible su obra? ¿Por qué no se preocupó de organizarla en libros? En un artículo, “En la barra”, incluido en su Autobiografía, trata de explicarse con razones, si no muy convincentes, bastante explícitas. Posiblemente se reservaba para más adelante, tratando de condensar su pensamiento en la trilogía que le ocupó en los últimos momentos de su vida. También le acuciaba la situación histórica tan azarosa que le tocó vivir. Pero todo esto es tanto más sorprendente en cuanto se trata de un escritor de fundamentos. Es su sensibilidad para lo incuestionablemente fundado lo primero que resalta en él. Y no podía ser de otra contextura intelectual un espíritu tan anhelante de verdad como el suyo. De no ser así costaría mucho justificar su extraordinaria flexibilidad y su infatigable afán de superación. Reflexionemos, además, sobre estas otras peculiaridades de su talante como escritor:

"Yo miré a Unamuno como a un maestro —escribe Maeztu, una de las veces que habla de su compañero de generación diez años más viejo que él—; tiene una gran fuerza intelectual; pero él es un profesor de griego, conoce a los clásicos, y, sin embargo, eso lo oculta. En vez de entretener a la juventud con autores que no son más que un adorno o una moda, es preciso que los jóvenes sepan lo que han sido Santo Tomás, Platón, Aristóteles; hay que mostrarles los cimientos de la cultura, las fuentes de la humanidad. De otro modo, se les hace perder mucho tiempo."

Apuntaba Maeztu, con estas palabras, al mismo blanco que cuando, criticando a Ortega, le decía:

"Que desparramaba en vez de concentrar y que las cosas fuertes no están en las separaciones, sino en los nexos, en las zonas de conjunción que resaltan la unidad de la vida."

A quienes conozcan los mimbres de su espíritu, no puede causarles extrañeza estos juicios sobre dos de los más conocidos y célebres intelectuales españoles de su tiempo.

Maeztu, por reveses de fortuna, una vez terminados sus años de bachillerato en Vitoria, no tuvo posibilidad de recibir los fundamentos universitarios que, con sus años de escolaridad, suele recibir el joven español de la clase media. Algún que otro testigo oyó quejarse a don Ramiro, en su madurez nobilísima, de la limitación que para su codicia filosófica significaba su mocedad sin aulas. Aquellos años evocados, sin embargo, por él en estos términos: "Fui pasante, di clases; luego marché a Cuba, en donde, entre otras cosas, ejercí de pintor sobre un andamio un poco primitivo, entre un chino y un negro y bajo un sol de furia que arrancaba tiras de mi piel." Sus años de "lectorado" los pasó Maeztu en una fábrica de tabacos de La Habana, leyendo a los obreros libros de propaganda social cuando no novelas como Hedda Gabler, de Ibsen.

Tal vez por ello, por haber tenido conciencia de un vacío académico y por haberlo llenado a destiempo y con muchas penalidades, no hay ningún escritor español de su época que con tanta pasión y razón defendiera como él la necesidad de tener buenos fundamentos doctrinales en la vida; sobre todo, tratándose de aquellos que están llamados a ocupar una posición en la sociedad. Así, una de sus más célebres campañas periodísticas se centra sobre la enseñanza, concretamente sobre la segunda enseñanza. "Después de leerme los treinta y nueve números de El diario de las sesiones (Le journal officiel), que publica-

ron los discursos pronunciados en la cámara francesa y las principales obras recientemente publicadas, ya no creo —decía Maeztu—, como en 1909, que el problema de la segunda enseñanza sea en todos los países uno de los grandes problemas nacionales, sino el problema esencial y básico.” Con motivo de esta campaña periodística, el 12 de febrero de 1924, se le rinde un homenaje del que se ocupó extensamente *El Sol*. La lista de personas sobresalientes en la vida intelectual y académica del país que se sumaron a él no pudo ser más nutrida. En el acto, entre otras intervenciones, se lee una carta de Pérez de Ayala; una adhesión de d’Ors, con el ruego de “que se le cuente siempre adicto a la barca apostólica de Ramiro de Maeztu y a la causa de los estudios clásicos”; unas cuartillas de Azorín —siempre generoso en no regatear el elogio a su viejo camarada de generación:

“Todos los congregados en esa comida y los que a ella nos adherimos —dice Azorín— vemos en Maeztu reflejados elocuentemente nuestros ideales de reconstrucción espiritual de España. Por Maeztu, en sus generosas predicaciones, sentimos simpatía; esa simpatía es amistad. Permitidme que tribute un aplauso fervoroso a una noble y digna vida de trabajo y a un incesante anhelo hacia el ideal.”

“En España —venía a decir Maeztu en la campaña periodística que había suscitado aquel homenaje— vamos a la vida pública demasiado jóvenes y, por tanto, sin el caudal de conocimientos indispensables para actuar con acierto. Esta es la ventaja que los hombres públicos franceses, por ejemplo, llevan a los españoles.”

Y no es que Maeztu fuera partidario del sistema de enseñanza francés, tomándolo como único modelo. Estimaba que el acierto en materia de enseñanza consiste en la adopción de un sistema para cada una de las edades fundamentales del individuo. Para la enseñanza elemental, era partidario del sistema inglés, que se cuida principalmente del desarrollo del sentimiento, y por esta razón creía que debía estar encomendado a la mujer. Consideraba que esta enseñanza, basada en el sentimiento, era la causa de que en Inglaterra, por medio de una propaganda sentimental, se alistaran como voluntarios en la gran guerra tres millones de hombres. Para el bachillerato no veía otro sistema como el liceo francés, y en estudios de facultad nada mejor que la universidad alemana, que enseña a pensar y a crear. Pero reconocía que la implantación de sistemas de enseñanzas similares en España no puede ser obra del momento, sino que requiere tiempo y preparación.

Siempre le obsesionó el hecho de que, habiendo sido España el país que había producido en sus siglos de más esplendor las instituciones más eficaces

de su época, forjadoras de uno de los tipos humanos más cotizados en lo ancho del orbe, cayese después en tan desolada decadencia. Por causas como ésta, el liberalismo no ha significado en España más que una negación: el deseo de verse libre de los poderes tradicionales. Vencerá, en cambio —y es éste un pensamiento del tradicionalista Maeztu—, cuando represente la constitución de poderes nuevos, mejores que los antiguos, más adecuados a los tiempos, más eficaces, más queridos por el pueblo, en otra palabra: cuando signifique un orden de creencias positivas y de jerarquía gobernante.

Llevado por este afán de mostrar los cimientos de la cultura, las fuentes de la humanidad, Maeztu, con el mismo interés que se volcó en su campaña sobre una mejor segunda enseñanza, se volcaría en su denuncia de la falta de ideales de la sociedad española; en su insistencia sobre el amor, el saber, el poder, como trinidad máxima de toda sociedad en forma; en sus tres defensas de la hispanidad, del espíritu, de la realeza, glosa del lema tradicional de Dios, patria y rey. Aun cuando arreciaron los golpes y el río nacional se había desbordado por sus márgenes, Maeztu, siguiendo el lema bíblico, en una mano “tenebat gladium et altera sua faciebat opus”, su obra fundamental en el espíritu, luchaba contra el abandono como herejía nacional y denunciaba el larvado naturalismo, que había infeccionado a otros miembros de su generación y de las siguientes.

Por su profundo aliciente moral se esforzó para que las fuerzas del orden españolas pasasen de su defensa de intereses a la de principios y sentimientos (ABC, 26 de enero de 1936). Era consciente de que se necesitaba más ideas para defender el orden que para atacarlo. Por ello siempre le encontraremos en una monarquía con principios. Nunca en una monarquía con gendarmes.

Este aliciente moral se ve con claridad en uno de los artículos de su último período “Tecnocracia” (ABC, 20 de enero de 1933). En él, comentando la escuela de “tecnócratas” —Maeztu los entrecomillaba— de la universidad de Columbia, de Nueva York, se ocupa de quienes proponen sustituir los precios actuales por otros fundados en unidades de energía. “Que el maquinismo —comenta— suscita problemas es cosa que hace treinta años viene repitiendo en Inglaterra mi amigo el arquitecto Penty.” Pero considera hondamente que los “tecnócratas” no se dan cuenta de que el “problema no es técnico, sino moral”. “Un buen jurisconsulto español del siglo XVI habría fallado fácilmente la manera de armonizar el egoísmo del individuo y el interés social. Pero la solución no puede consistir en que se le pague a uno en energones, pongamos por moneda, y no en unidades de oro y plata. Esos energones son píldoras para el amor, pastillas para la fe o polvos para hacer sardinas.”

¿Es que hay en España muchos esforzados luchadores por el espíritu, por los cimientos de la cultura, por las fuentes de la humanidad, como él?

Por todo ello, me imagino que de las alabanzas de que fue objeto, la que más hondo calaría su alma fue aquella de otro ilustre maestro, de don Eugenio d'Ors, cuando, con motivo del regreso de Maeztu de su larga estancia londinense, deja caer en La Veu de Catalunya, en su habitual estilo lapidario, estas palabras:

“La vulgaridad era injusta con Ramiro de Maeztu; porque la vulgaridad es siempre injusta con la abundancia. Si él era autor de mil crónicas de grata y picante lectura, ¿cómo admitir fácilmente que Authority, Liberty and Function fuese uno de los libros de mayor sustancia ideológica salidos de pluma de un contemporáneo español? En realidad, ¿quién ha leído, y ya no digo estudiado, en España el libro interesantísimo de Maeztu? Pero un viento vindicativo empieza a agitarse, y hoy aún me es grato el soplar a compás y en obra de este viento. Ramiro de Maeztu ha venido a España; dicen si para fijarse en ella. Voces se levantan para solicitar la colaboración de un hombre de tan bello valor en las empresas españolas, en la política especialmente. ¿Por qué siempre esta tendencia a colocar artificialmente los valores nuevos en el plano inclinado de la política?... Yo pediría la colaboración del noble Weltbürger para otro orden de tareas en que acaso convenga recoger delicadamente las posibilidades que proporcionan ciertas disposiciones legales; yo pediría la colaboración de Ramiro de Maeztu para la universidad.”

Su pensamiento

No es mi propósito ocuparme aquí in extenso de su pensamiento. Sus múltiples facetas, por su originalidad y trascendencia, harían interminable esta introducción. Pero no hay la menor duda de que muchas de ellas merecen más de una monografía: Su afán integrador, su denuncia ante la ausencia de un ideal nacional; su crítica al Quijote o a nuestra misma vida intelectual; su visión de la guerra europea o sus juicios sobre el pacifismo, la cultura como polémica o el valor; el futuro de la hispanidad; su ideal sindicalista, el sentido económico del hombre hispano o, más en concreto, el sentido reverencial del dinero; su concepción trinitaria de la existencia: amor, saber, poder; su superación del esteticismo, su vindicación del barroco o las ideas que brindó como salida de la dictadura; su defensa del espíritu, del valor... Temas que, por su actualidad e interés van unidos, de una u otra forma, a su nombre.

Junto con esa amplitud temática caracteriza su obra una esencial civilidad. Se trata de un escritor de cara siempre a España y a sus semejantes. No es un soñador. Si, a veces, pecó de algo fue de excesivo pragmatismo. Aun cuando más se aproximó a lo eminentemente espiritual no cesó de recordarle a los intelectuales su primordial responsabilidad: la de educadores de su pueblo. Si hay enfrentamiento en sus palabras es más para contrastar que para negar ideas. Y si habló de la cultura como polémica, en el fondo quiso decir otra cosa: que es obra de la colaboración intelectual, aunque su prosa no deje de ser noblemente combativa.

Y henos aquí ante una idea de Maeztu digna de ser meditada y en la que quisiera detenerme aunque sólo sea brevemente, con ánimo de exponer, al menos, una de las facetas de su rico pensamiento. La elegimos, entre otras, por su carácter abarcador y por su innegable vigencia: "Si las ideas ambientes son hostiles al régimen —escribía en los años de la Dictadura— ganarán también las cabezas militares o, por lo menos, paralizarán sus brazos." "Todo régimen político que quiera mantenerse ha de fundarse en el sistema de ideas que prevalece en el país."

*Ante una afirmación de esta clase, la primera pregunta que se hace un espíritu tan hondamente consecuente como el suyo es juzgar con claridad las razones de esa prevalencia para poder decidirse, al fin, ante lo más fundamental. Y no lo dudemos, Maeztu, sobre todo desde la publicación de *La crisis del humanismo*, sabe con firmeza que el error fundamental del liberalismo, tan dentro de la mentalidad que modernamente ha hecho crisis, consiste en no dar importancia sino a las cuestiones de gobierno, que, comparadas con las de orden social, moral y religioso, no tienen mayor trascendencia. Esto, que, para la mayoría de los mortales no sería sino una afirmación más de las muchas que está acostumbrada a formular o a oír. Para él entraña todo un mundo.*

Entre otras cosas, supone un profundísimo sentido moral de la autoridad; una conciencia cívica que, como dijo en una crítica a un artículo del Times, dedicado a los sistemas autoritarios, le llevaba a admitir que a la humanidad, en general, no le repugna obedecer: "lo que le duele es que los gobiernos sean malos", cosa que el periódico inglés no advierte, sin duda, apostilla Maeztu, "por lo mucho que le enoja".

Le lleva también a admitir que mientras el nacionalismo era la unidad inconsciente en que se fundaban las sociedades liberales, no era necesaria la voluntad de la unidad estatal, porque no se discutía el Estado. Al discutirse surge, en cambio, "la necesidad de mantenerlo, sólo que ya no es un sentimiento natural e intuitivo, como en los tiempos del nacionalismo ingenuo, sino una voluntad nacional, deliberada, 'barroca', elaborada, en que se quiere la unidad nacional".

¿Dónde está esa voluntad nacional en España? Es ésta una de las preguntas que con más frecuencia vino a sus labios, y con la que, a su vez, se preguntaba por la constitución real de su patria, o sea, por la naturaleza del poder o de los poderes que mandan en nuestro país. Lo que respondió es ni más ni menos esto: el poder unitario nacional se llama monarquía militar. O dicho de otro modo: para que entre nosotros la política pueda funcionar de una manera coherente y nacional necesita el apoyo o la tolerancia del ejército. Ello, sin embargo, no quiere decir, y protestó cuando le dieron un sentido distinto a sus palabras, que se soñase con reconquistar Portugal, Argelia, Nápoles o los Países Bajos. Ni mucho menos que se defendiese como programa esta clase de monarquía. Al contrario, sostenía explícitamente que quizá tengamos que avergonzarnos de no haber sabido crear una voluntad nacional unitaria, que permita a nuestras fuerzas armadas desentenderse de toda vigilancia política interna, para consagrarse exclusivamente a su misión de preparar la defensa nacional contra las posibles amenazas exteriores. En los dos últimos siglos, es la verdad, no ha sido posible volver a dar al pueblo español una unidad política lo bastante poderosa para que saliera de ella una voluntad imperativa. Con todo, la unidad nacional ha sido un hecho. A ese hecho es a lo que llama monarquía militar, porque es interés fundamental de todo ejército la unidad de mando; prácticamente, una monarquía. Hasta mediado el siglo XVIII, España había sido una monarquía católica, no sólo de nombre, sino de hecho. Cuando dejó de serlo, aunque sus reyes siguieran llamándose sus majestades católicas, pasó a ser una monarquía militar, en buena medida hija de las perplejidades que originaron las ideas de la Enciclopedia.

Este pensamiento lo expone Maeztu con más lujo de detalles en libros como Liquidación de la monarquía parlamentaria, Con el directorio militar, El nuevo tradicionalismo y la revolución social..., de los que he hecho recientemente un apretado resumen en uno de mis últimos libros, España, ¿en el banquillo?, además del que ya hice de otras materias afines cuando publique mi Maeztu.

Sólo cuando la coincidencia de las voluntades individuales forme una voluntad dominadora, que es decir también una monarquía, si no militar, al menos militante, será posible para Maeztu sustituir lo que se ha llamado monarquía militar. Para ello será preciso partir previamente de esa voluntad nacional unitaria, o formarla. Pero la realidad hasta ahora nos ha dicho que sin una unidad de mando militar no se juzga concebible, en muchos años, la unidad española. La realidad es que entre nosotros, últimamente ha faltado o ha resultado débil un espíritu secular de voluntaria unidad política. En las clases gobernantes se relajó el espíritu de unidad, y nuestra universidad tampoco ha sabido crear ese espíritu, entre otras razones porque sus mismas ideas le hacían descuidar el interés nacional. De ahí que, como antes en su campo Menéndez Pelayo —lo

que en otro lugar he llamado las dos caras de nuestro Jano bifronte—, Maeztu centrara todo su empeño intelectual en recuperar un ideal nacional para su patria. De él son estas elocuentes palabras:

“De todos los empiristas españoles no habrá ninguno que haya buscado para su país más recetas salvadoras que yo, porque las he estado persiguiendo por libros y periódicos durante cuarenta años y por tierras de Francia, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos durante décadas. No he hecho otra cosa: ni negocios, ni novelas, ni obras de teatro, nada absolutamente, en estos ocho lustros. Y por eso tiene alguna importancia si digo a mis compatriotas que el camino de su salvación es el de la tradición que abandonaron hacia 1750 y que no han vuelto a encontrar posteriormente, como no fuera en veredas aisladas que conducían a él” (El nuevo tradicionalismo, 1956, pág. 18).

Creía que convendría dejar pasar algún tiempo hasta que se descubra, en la actual crisis del liberalismo, la nueva orientación política del mundo. Durante muchos años admiró el realismo y el arte de gobernar de los ingleses, y, sin duda, fue su mejor intérprete entre nosotros.

“De Inglaterra —escribe— ha salido para el resto del mundo el principio liberal; es decir, la creencia que la libertad fuese cosa pertinente a las esencias, en vez de ser meramente la norma de los accidentes. El resto del mundo no ha entendido jamás a Inglaterra. Por esta incompreensión no se ha visto que Inglaterra podía permitirse el lujo de alzar la libertad a la cúspide de sus instituciones políticas, porque la sociedad inglesa garantiza sin necesidad del Estado la unidad de sus esencias.”

Quien hable del liberalismo político inglés, máxime si se refiere a lo que se considera su era augusta, no debe ignorar que presuponía una sociedad absolutista donde el hombre que no se ajustaba a la moralidad ambiente padecía un ostracismo que le condenaba a la muerte civil. Una sociedad que castigaba sin necesidad de magistrados a los que se atrevían a desafiar sus mandamientos, etcétera.

Por ello, sin duda, el resto de los países han tendido a ignorar el error más meridiano del liberalismo: el olvido de que las sociedades humanas son actos de voluntad que por otros actos de voluntad se destruyen o se mantienen. Se figuraba que se trata de fenómenos naturales y no se cuidó de conservarlos frente a las tendencias disruptivas del corazón humano.

Así se comprende que Maeztu hiciese siempre hincapié en este punto: si no se da al pueblo desde lo alto un gran gesto de unidad y se prefiere preguntar a cada uno lo que piensa, como el juego para él ofrece pocas novedades, veía reaparecer todos los políticos, desde los grandes hasta los menudísimos, con la carne y la piel que nos cubría. Y ahora con algo peor todavía —añadía— como es la convivencia con los soviets.

Según Maeztu la bandera del porvenir ha de clavarse en la tierra firme de la unidad nacional, en el orden público, la armonía de clases, el progreso común y la solución de nuestros empeños en el exterior. Juzgaba en su tiempo que con el directorio militar el gran gesto de unidad se había dado. Había, pues, que repetirlo, continuarlo y defenderlo en el espacio y mantenerlo mejorándolo en el tiempo.

En aquel entonces sostenía que si se desecha el propósito de los que quisieran rodear al gobierno de un círculo vacío, a fin de preparar los ánimos para un cambio radical, no quedaba sino dos alternativas: o volver al régimen antiguo o asegurar los beneficios del presente y preparar el porvenir. Por ello afirmaba, en primer término, la cohesión y unidad del país con tanta más fuerza cuanto más vacío veía su estado actual de afirmación. Pero, además, apuntaba a un ideal de engrandecimiento, sin olvidar que el remedio para salir de la crisis consiste en una honda y moral restauración del sentido de la autoridad. Es lo más propio de todo momento de reacción nacional contra la utopía, adjuntando, además, que si se quiere escribir con mayúscula el santo nombre de la Patria ha de encontrarse la manera de realizar y resguardar todo lo que había de posible, de justo, de normativo y de ideal, tanto en las doctrinas del socialismo como en las del liberalismo.

De ahí que su ideal se incline por un Estado autoritario, pero poco costoso, que vuelva a encauzar en normas de justicia la vida económica del país, lo que no podrá hacer si se entrega a sus oficinistas, o a los agitadores, sino poniéndose de acuerdo con las mismas clases productoras. De ese mundo salió la civilización occidental para hacer el ensayo capitalista-socialista, y no le queda más remedio que volver a aquella vieja disciplina social olvidada después de tantas ilusiones de libertad y de infinito. Volver, es la verdad, triste por el desencanto, pero, añadía, más cuerda por la experiencia.

Por lo demás, consideraba Maeztu, con la mayor naturalidad, que no hay cerebro claro que no se dé cuenta de la necesidad de asistir a la obra de gobierno con algún organismo representativo. El Estado necesita una representación popular que lo fortalezca, pero no una que lo debilite. E, igualmente, la representación popular necesita una dialéctica que no avergüence a los de arriba ni a los de abajo. Una representación popular que evite el innecesario incremento de los gastos públicos.

Apuntaba además hacia una teoría de la ciudadanía orgánica, necesitada por la disolución anárquica.

Censura a los demócratas españoles que no se hubieran cuidado de dialogar con el pueblo y que a éste no le hablasen más que los agitadores.

Censura a la prensa, que colabora al derribo del sentido histórico.

Censura al pueblo, que no asiste a la administración de la justicia que quiere protegerle contra el terrorismo de los pistoleros.

Censura a todos aquellos que no le han enseñado a la sociedad que lo privado depende de lo público. O dicho de mejor modo: que el precio de la verdadera democracia es la incesante vigilancia. Así, el pueblo español ha terminado por creer que el poder público era una cosa extraña a sí mismo. Y reiterando que sólo nos hemos dado disposición para el proselitismo inhibicionista y para hacer aula abierta del pesimismo, confiesa que lo único que se ha dicho sistemáticamente a nuestro pueblo es que en España no se puede hacer nada, que todo es estéril, que el sacrificio resulta una "primada", y el pueblo lo ha creído.

Pero fue lo cierto que el gobierno del general Primo de Rivera estaba muy lejos de soñar con un régimen eminentemente representativo, distinto del liberal de partidos. Para ello, el general era un hombre de formación decimonónica. Maeztu, sin embargo, se aplicó con tenacidad imperturbable a darle razones, ideas, argumentos a lo que se ha llamado "pálpitos espontáneos, certeros, pero fallidos, del nacionalismo español". En esta actitud persevera sin vacilaciones ni flaquezas, con un celo que, con expresión paradójica, se ha calificado de iluminado y de sombrío.

Frente al liberalismo que atomiza al hombre y al socialismo que le suprime el alma, trata Maeztu, como muchas otras mentes preclaras de Occidente, de redescubrir la dignidad del ser humano responsable de sí mismo, de su familia, de su trabajo, de sus propiedades, de su pueblo y de su nación, revestido de todos los derechos que exijan sus deberes y sin otro derecho que el de cumplir con su deber.

Se comprende fácilmente que un pensador de preocupaciones tan nobles, conociendo además la hondura y sinceridad de su talante, quisiera enfrentarse con la naturaleza misma del espíritu. Preocupación de las más cimeras, suyas, sobre la que todavía quisiera decir algo antes de terminar esta breve incursión por su pensamiento.

El catedrático de lógica de la Complutense, Leopoldo Eulogio Palacios, en su artículo que le dedicó a este tema en La Voz de España, 21 de octubre de 1938, cuenta que alguna vez le oyó decir, en sus conversaciones con él, que espíritu equivalía en sus escritos aproximadamente a lo que los ingleses entienden por el término mind. "Esta es —escribe— una primera noción del es-

píritu, y en su defensa yo sé que Maeztu ponía encendimiento de verdadero apóstol, porque le parecía que defender una noción cuyo objeto era inmateral y simple, inextenso y sin partes, era luchar decisivamente contra el materialismo", en el que don Ramiro, por lo demás, cifraba la fórmula de lo que él llamaba la verdadera herejía española: el indiferentismo, la dejadez religiosa o, por decirlo en una sola palabra, el cazurrismo.

Pero desde un plano rigurosamente intelectual, lo cierto es, y casi no podía ser de otro modo, que su libro *Defensa del espíritu*, aparte de su ferviente profesión de fe católica, de sus excelentes ideas sociopolíticas, y de otros muchos aciertos, encierra algunas resonancias del idealismo kantiano y hegeliano, tan acusadas en capítulos III y V. Resulta claro que Maeztu se entusiasmó con los juicios sintéticos de Kant, pero se tiene la impresión —y de este entusiasmo se ocupó Tierno Galván— de que nada tiene que ver con la solución del problema crítico del conocimiento como con lo que creyó encontrar en ellos a favor de la trascendencia del espíritu, precisamente por el carácter universal y eterno de estos juicios sintéticos a priori. Le pasó algo parecido a lo que a ciertos filósofos medievales con el argumento de las verdades eternas y con el argumento ontológico para demostrar la existencia de Dios. Posiblemente si Maeztu hubiese conocido mejor la escolástica y, más en concreto, la doctrina de Santo Tomás sobre el conocimiento, hubiese encontrado no sólo más sólidos argumentos para salvar la espiritualidad y trascendencia del espíritu, sino también razones más sólidas del carácter espiritual y necesario de ciertos juicios, basados en la trascendencia del ser y de su abstrahibilidad, además de la espiritualidad y perennidad de los primeros principios inmanentes. Basta el entendimiento espiritual y la trascendencia objetiva del ser para explicar realmente el carácter necesario, supratemporal y supraespacial de ciertos conocimientos. Los a priori kantianos son, al menos, para el realismo aristotélico y tomista pura hipótesis, totalmente gratuita.

Maeztu, aunque al final termina negándolo o "reduciéndolo a espíritu objetivado", da la impresión de que también vio con simpatía el "espíritu objetivo" de Hegel, especialmente en su versión de N. Hartmann. Sin duda, también aquí le guió un afán que desborda el pensar eminentemente filosófico. Ciertamente Maeztu titubea. Al reseñar la teoría parece recaer en el "realismo exagerado" de los tiempos del nominalismo, dando valor real a lo que no es más que una abstracción. Al negar, al fin, la existencia del "espíritu objetivo" de Hegel, pasa al extremo de reducir todo lo común de las sociedades y civilizaciones a "espíritu objetivado" (naciones, arte, literatura, etc.) no advirtiendo filosóficamente la existencia de valores personales de dimensión social, comunitario o de vinculaciones humanas habituales, que explican, humanamente, los hilos de la historia y de las civilizaciones.

Pero salvadas estas precisiones, abundan en el libro las mejores virtudes de estilo tan propias de su pensamiento. Sirva como ejemplo sus reflexiones sobre el populismo ruso, el de unos intelectuales que llegaron a tener una fe irracional en su pueblo, porque no tenían confianza en la cultura y desconfiaban de sí mismos. Por ese camino terminaron por sacrificar filosofía y religión en aras de un utilitarismo social absoluto. Apartarse del pueblo es alejarse de la verdad: la verdad reside en el pueblo, sobre todo en los mujiks. El hecho evidente es que, debido a esta fe larvada que anida en el bolchevismo, los comunistas rusos no son escépticos: de ahí que no los comprendan los escépticos de Occidente. Y es que todos, de una u otra forma, tienen hambre de Dios.

Era una especie de reino de Dios contra Dios lo que se predicaba, resume Maeztu. Los nihilistas rusos no creían en el Redentor, pero se consideraban a sí mismos como los redentores y las víctimas del movimiento redentor. Los rusos crearon, de esta suerte, un sentimiento propio, por el que se sentían superiores a los pueblos de Occidente.

Este pensamiento de Maeztu nos lleva de la mano, aunque por insospechadas veredas, a la carta que Antonio Machado le dirigió, y que reproduce ABC el 29 de octubre de 1959:

“Querido Maeztu: Con toda el alma le agradezco el envío de su hermoso libro Defensa de la hispanidad, que he leído y releo con deleite. Sigo su obra con gran interés desde los días en que todos pecamos algo contra la hispanidad...” “Lo que juzgo difícil, querido Maeztu, es que se despierte en España una corriente de orgullo españolista parecida al patriotismo de los franceses o de otros pueblos. Porque lo específicamente español es la modestia. Cuando el Cid Campeador de nuestro poema se dispone a combatir con los moros que tienen cercada a Valencia, llama a su mujer y a sus niñas para que vean —dice él— ‘cómo se gana el pan’. El heroísmo español suele tener esa elegancia de expresión. Y es que el español, y especialmente el castellano, tiene el ‘orgullo modesto’, quiero decir, el orgullo profundo, basado siempre en lo esencial humano, que no puede ser español, ni francés, ni teutón. En esta opinión me confirma la lectura de su libro. Sólo un español es capaz de pensar, como nuestros conquistadores de América y África, que un indio no sea un ser superior. Nadie es más que nadie, reza un proverbio castellano, y lo que se quiere decir, en el fondo, es esto: por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre. También es cierto que esta sobreestimación de lo humano tiene el fondo religioso cris-

tiano que usted señala. Pero por eso mismo no es fácil que salgamos por el mundo a darnos pisto de españoles; y si sacamos la espada, antes será por Dios o por el diablo que por España. Porque España ha sido siempre muy poca cosa para un español. Tal vez sea ésta la causa de nuestra decadencia actual y de nuestra pasada grandeza. Aun todavía, si habla usted de las banderas de Cristo, encontrará usted quien le siga; con la bandera española no entusiasmará usted a nadie. No quiero molestar más su atención, sino expresarle el placer con que leo sus obras, mi creciente admiración y mi antigua amistad. Siempre suyo, Antonio Machado."

Estas palabras de Antonio Machado coinciden más que discrepan con la idea central de Maeztu, que toda su vida se la pasó pensando en la "causa de nuestra grandeza y de nuestra decadencia", para llegar al final de sus días a un universalismo de innegable raíz religiosa, cada vez más decantado y cristiano. No encaja en el marco "nacionalista", tal como vulgarmente se encasilla a los de esta tendencia en las ideas políticas contemporáneas. Inclusive, antes de la publicación de *Defensa de la hispanidad*, como puede leerse en la entrevista que le hizo *El Imparcial* en 1933, y que ya reproducimos, estaba muy lejos de toda exaltación vidriosamente chauvinista. Esto no quita ni infravalora su matiz de españolismo o, mejor dicho, de hispanidad.

Matiz que captó finamente Bernanos en su artículo titulado *Le malheur des révolutions* (*Hommage à Ramiro de Maeztu*), aparecido en *Le Figaro* el 12 de septiembre de 1936, poco antes de que se enfrascara en *Les grands cimetières sous la lune*.

"El pensamiento de Maeztu —escribe—, tan orgullosa y puramente español en su inspiración, era uno de los pocos que, superándose a sí mismo, deberían unir en vez de dividir, porque es un pensamiento que libera..." "El insigne y trágico destino de España es que no se encuentra a sí misma más que en la grandeza, porque si bien España soporta admirablemente la pobreza, la humillación, es más funesta para ella que para ningún otro pueblo. Y la primera, si no la única condición de su grandeza, es esta unidad espiritual que trata de reconquistar, desde que la perdió, a hierro y fuego, aunque ello ponga en peligro su propia existencia." "Una de sus ideas centrales es que todo lo que perdió la hispanidad en el curso de la larga rivalidad de las casas de Francia y de España, se perdió en favor de una cultura extraña a nuestros dos pueblos: la civilización anglogermánica, cuya expresión moral es el protestan-

lismo. Muchos franceses comparten hoy esta opinión." Y Bernanos llega a escribir: "Lo esencial del mensaje que el mundo moderno, desgarrado por odios elementales, puede escuchar hoy de la gran nación ecuménica de los Vitoria y de los Suárez está contenido en unas palabras de Defensa de la hispanidad." Mensaje que, por supuesto, Bernanos, y así lo dice expresamente, considera inseparable de la noción cristiana del hombre. "La muerte de Maeztu —concluye— honra a todos los hombres que piensan, es decir, a los que tienen su pensamiento por mil veces más precioso que su vida."

La gran contribución de Maeztu fue, pues, complementar, dándole más virtualidad de futuro, al pensamiento que tanto ocupó a Menéndez y Pelayo, más estático e histórico. Desde los artículos que en su juventud le dedicó al genial polígrafo hasta los que más decididamente le consagró al final de su vida, recogidos en Los intelectuales y un epílogo para estudiantes, puede seguirse fielmente esta idea. El resultado es que hoy los españoles sabemos distinguir con claridad la diferencia existente entre estos vocablos: hispanismo, giro o modo de hablar privativo de la lengua española; españolismo, amor a las cosas de España; hispanidad, calidad de lo hispano. Don Julio Casares, en su libro Cosas del lenguaje, es quien con más autoridad se ha ocupado de estos distintos matices terminológicos, consciente de que el vocablo hispanidad, a partir del libro de Maeztu, ha adquirido un contorno inconfundible y se ha ido cargando de potencial ideológico y afectivo de tal índole que hoy podemos oír cosas como ésta: España es también espiritualmente un país americano. Casares, en uno de sus artículos publicados en ABC en 1944, dedicado a "La hispanidad en el diccionario", recuerda, que él sepa, que en una acepción muy anticuada este vocablo figura ya en Alexo Vanegas, más conocido por el "maestro Venegas", empleada en la acepción de uso de giros españoles en latín. Pero de un valor de pura terminología estilística, por no decir gramatical, pasó a significar el conjunto y comunidad de todos los pueblos hispanos, concepto, hasta Maeztu desconocido e innominado en el catálogo académico. "Por eso —concluye Casares— pudo escribir Maeztu, con relativa propiedad, que el sacerdote español don Zacarías de Vizcarra, residente a la sazón en la Argentina, había inventado el vocablo hispanidad", que hoy, dentro de la más rigurosa exégesis, corrobora y exalta la comunidad espiritual de los pueblos españoles, sin distingos raciales ni geográficos, así como la esencia, vitalidad y porvenir de lo específicamente español, sean, cualquiera los matices con que se manifieste en el pensamiento, en el habla o en las costumbres".

Si tenemos en cuenta el aliciente, tan rico como variado, de la producción total de Maeztu, desde que publicó su primer artículo hasta que se cierra la curva final de su vida, acertaremos a vislumbrar lo que se condensa para él en ese vocablo: su más apretada y amplia densidad ontológica, su fe, su ilusión y la razón de ser de toda una vida que se confunde con su obra. Y diremos más, con un gesto. Al brindar su acuñación definitiva a un humilde y santo sacerdote, se le ve, como a la luz de un repentino fogonazo, la casta, toda su alma de caballero.

El presente volumen

El presente volumen reúne obras entre las más características de Maeztu, con el fin de que puedan ser manejadas con relativa facilidad, ya que algunas de ellas, aunque bastante conocidas, agotadas desde hace tiempo, no se encuentran en las librerías.

Entre estas obras figuran, por supuesto, las más indiscutiblemente definitivas, como La crisis del humanismo, Don Quijote, don Juan y la Celestina y Defensa de la hispanidad, que con los discursos académicos El arte y la moral, pronunciados en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica, en la de la Lengua, fueron publicadas en vida del autor.

A estas obras hemos añadido de ediciones póstumas formadas por artículos suyos, entre otras, el conjunto que con el título de Autobiografía, reúne una serie de artículos de índole autobiográfico; El sentido reverencial del dinero y Defensa del espíritu.

Por razones de espacio no se han incluido otras que muy bien podían figurar en él. Tal vez algunos echen de menos Hacia otra España. Su reciente reedición nos exime, en buena medida, de esta ausencia, pero otro tanto podría decirse de otras que han sido bien acogidas por la crítica y el público, como Los intelectuales y un epílogo para estudiantes, Con el directorio militar o Norteamérica desde dentro. La selección de obras no ha sido tarea fácil. En todo caso el criterio seguido es dar de Maeztu una imagen que responda a las ricas facetas de su espíritu, con la esperanza de poder completarla en otra ocasión, pues si bien ahora no se mutila esa imagen, ni muchísimo menos, se está muy lejos de agotarla en sus vertientes más características, teniendo en cuenta, inclusive, libros, folletos y conferencias publicados por el mismo Maeztu y que aquí, por las razones aludidas, no incluimos.

Se incluye la Apología de la hispanidad, del cardenal Gomá, primado entonces de las Españas, como epílogo de su célebre obra, por respetar la vo-

luntad del propio Maeztu, que así lo quiso. Sin conocerle personalmente, nos cuenta Eugenio Vegas Latapié se sintió tan hondamente halagado por las citas de que fue objeto en el discurso pronunciado por nuestro purpurado en el congreso eucarístico de Buenos Aires, que le visitó en Toledo para darle personalmente las gracias, obteniendo de él su permiso para incluirlo a partir de la segunda edición en su obra. Las primeras noticias que tuvo Maeztu de este discurso fueron oídas por él escuchando casualmente la radio. Su alegría fue inmensa. Dos nombres, el del cardenal Gomá y el de Maeztu, que en esta circunstancia tan cimera y singular deben permanecer unidos como lo fueron en vida, por su común fe en los valores eminentemente espirituales de la hispanidad. Diole el cardenal su espaldarazo tan cimero, según exigían el momento y el tema en aquella ocasión en que hablaba de cara al mundo. Respondióle Maeztu dedicándole en su segunda dedicatoria el mismo libro que había elogiado.

Por lo demás, con ánimo de orientar a los interesados, añadamos que la edición de sus obras, que ofrece un repertorio más amplio hasta la fecha, fue iniciada bajo mi dirección con la aportación de varios colaboradores, primero, con los auspicios de la Editora Nacional y, a continuación, por Ediciones Rialp. Su plan es el siguiente (1):

1. Autobiografía.

I. EL 98

2. Hacia otra España.
3. El 98 y Nietzsche en España.
4. Bagatelas de 1900.

II. LA ESTANCIA EN INGLATERRA (1905-1919)

1. Crónicas de la vida inglesa.

2. Un ideal sindicalista.

3. Los pobres y el Estado.

4. Inglaterra en armas.

(1) Los títulos en redondo están publicados ya; los que llevan asterisco, lo están fuera de esta edición, y algunos de ellos se incluyen en el presente volumen.

III. MADUREZ (1919-1931)

- * 9. La crisis del humanismo.
- 10. *Del valor de la guerra y de la muerte.*
- 11. *España, del 98 al directorio.*
- 12. Con el directorio militar.
- 13. Liquidación de la monarquía parlamentaria.
- * 14. Don Quijote, don Juan y la Celestina.
- 15. El sentido reverencial del dinero.
- 16. Norteamérica desde dentro.
- 17. *Amor, saber, poder.*
- 18. *El problema nacional de la enseñanza.*

IV. ANTE EL DRAMA DE ESPAÑA (1931-1936)

- * 19. Frente a la república.
- * 20. En vísperas de la tragedia.
- 21. El nuevo tradicionalismo y la revolución social.
- 22. *La superación del esteticismo.*
- 23. *Reflexiones europeas.*
- 24. Las letras y la vida en la España de entreguerras.

V. TEMAS CENTRALES DE SU PENSAMIENTO

- * 25. Defensa de la hispanidad.
- 26. *Defensa de la monarquía.*
- * 27. Defensa del espíritu.
- 28. Los intelectuales y un epílogo para estudiantes.
- 29. *El arte y la vida.*
- 30. *Indices.*

No se trata, por supuesto, de una edición de obras completas de don Ramiro. Buen número de volúmenes no son sino una selección hecha con criterio entre cronológico y de calidad de trabajos publicados por él. La gran cantidad de artículos que aparecieron con su firma —cerca de dieciséis mil—, obliga a hacer una selección de esta índole, con múltiples lagunas. Pero de no seguirse este criterio la publicación de sus obras abarcaría, aproximada-

mente, un centenar de volúmenes como los que se han proyectado para la mencionada colección, de la que se han publicado, hasta la fecha, tan sólo nueve "nuevos" libros. Una obra que, precisamente, no ha sido conocida debidamente hasta la fecha por lo extensa y difícil de encontrar en librerías.

Finalmente, y ciñéndonos sólo a los libros, adjuntemos que la bibliografía más completa hasta la fecha la ofrecen, entre otros, además de los trabajos que expresamente hemos aquí mencionado, Cuadernos hispanoamericanos, Madrid, sept.-oct., 1952. Volumen monográfico-homenaje a don Ramiro de Maeztu, en el que destacan los trabajos de Dionisio Gamallo Fierros: "Bibliografía acerca de la vida y de la obra literaria y política de R. de Maeztu. Bibliografía de su fama póstuma y hacia un Maeztu total"; Vicente Marrero, Maeztu, 1955; Gonzalo Fernández de la Mora: "Maeztu y la teoría de la revolución". Estudio preliminar a Frente a la república, Madrid, 1956; Antonio Millán Puelles: Estudio preliminar a Defensa del espíritu, Madrid, 1958; Wolfgang Herda: Die geistige Entwicklung, von R. de M., 1961, en Gesammelte Aufsätzen zur Kulturgeschichte Spaniens, 18 Band. Spanische Forschungen der Görresgesellschaft; Alberto Sánchez: Don Quijote o el amor de Ramiro de Maeztu, Biblioteca Anaya, 1964; Giovanni Allegra: De Maeztu, Roma, 1965.

Vicente MARRERO

brero de 1928, compendia de esta manera su pensamiento: "El ideal de la raza es don Quijote con dinero, pero don Quijote no acertará a ser rico mientras no vea en el dinero más que un medio; tiene que aprender a respetarle como a un fin."

En 1928 es nombrado embajador de España en la República Argentina. El 19 de enero de 1930 da por terminada su misión oficial y regresa a su patria. En 1931 se proclama la república y el 16 de diciembre del mismo año, Maeztu firma el primer editorial de la revista Acción Española, vinculada al pensamiento de Menéndez Pelayo y a un tradicionalismo que quiere ser renovador. En esta revista publicará sus ensayos doctrinales de más empeño. Al editar, en 1934, su Defensa de la hispanidad, comunicó a sus amigos el siguiente propósito: "Tengo entre manos una Defensa del espíritu, que va apareciendo en artículos en la revista Acción Española, y que espero forme pareja con la Defensa de la hispanidad. Después quisiera hacer el libro Defensa de la monarquía, como amparadora de la justicia y de la libertad cristiana. De este modo corresponderán mis libros a los términos del viejo y tradicional lema español: Dios, patria y rey." De la Defensa del espíritu, se sabe que logró terminar en la cárcel los últimos capítulos, desaparecidos en la vorágine en manos de los milicianos. El que pensaba dedicar a la monarquía no pasó de un proyecto.

En 1932, nombrado académico de ciencias morales y políticas, lee su discurso "El arte y la moral" y, en 1935, el de su ingreso en la Academia de la Lengua: "La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica."

A los trece días del alzamiento nacional de 1936 es detenido, y después de tres meses de prisión, es fusilado sin juicio previo, mientras sus esposa e hijo se refugian en la embajada inglesa.

Situación de Maeztu en el panorama intelectual y literario español

Después de estas breves indicaciones sobre su trayectoria vital, se comprende que no se acierte fácilmente cuando se trata de encasillarle entre sus pares y afines, como si costase trabajo encerrarle de una vez y exactamente en el marco compartimentado del pensamiento y de la literatura de nuestros días. Una literatura, como todos saben, dominada últimamente por la perspectiva de las generaciones o, cuando menos, por un muy alambicado enrejado generacional. Obligada catalogación de escritores que, como se ha denunciado ya con bastante fundamento, quizá resulte más adecuada para otras literaturas de ordenación más regular o compacta que la nuestra, donde, al